

Letras al Viento



Antología de **III** cuentos españoles
e hispanoamericanos

Letras al Viento

Antología de **III** relatos españoles
e hispanoamericanos



LETRAS ENTRE AMIGOS
III ANIVERSARIO
Mayo 2014

SUMARIO

Acuarelas en París	4
La hostería.....	9
Atrapados	14
Como desde un palco	20
El aguador	25
El amor en la boda del general	32
Perspectiva	37
Torturas	42
De culos y de hombres	45
Serafín	48
La muerte sabe a chocolate y amaranto	56
Una casa en la colina.....	60
El forastero	66
El Raposo, la Rapiña y la Ignorancia	68
Un deseo inconfesable.....	76
Yo deseaba ser sacerdote.....	93

Copyright de los respectivos autores, que se responsabilizan de la autoría de sus obras. Prohibida la reproducción por cualquier medio y modo.
Una edición de Letras Entre Amigos

Acuarelas en París

© Juan Antonio Marín (Juanan)

mbvsz7939@yahoo.es

París se transforma al anochecer. Sus calles se llenan de magia. Si observamos cada rincón nos sorprenderá descubrir la cantidad de miradas, caricias, besos, incluso de esos pequeños detalles que escapan a los sentidos como el tímido roce de unos dedos dibujando un corazón en el *Mur des je t'aime*, que hacen posible sentir cómo el amor penetra en nosotros con cada latido. Comienza a llover sobre París. Los gatos, que hasta ese momento jugueteaban, huyen en desbandada por los tejados buscando amparo. Las luces empiezan a iluminar la ciudad y las buhardillas cobran vida.

Llegué a la Ciudad de la Luz en septiembre. Caminar por sus calles me ha llevado a envidiar cada uno de los adoquines sobre los que tiempo atrás pasearon grandes personajes como Hemingway, Picasso o Zelda Fitzgerald... Me enamoré de sus cafés, sus animadas terrazas y, sobre todo, de un lugar de aire bohemio donde los artistas ofrecen retratar a los transeúntes que cada día llenan de vida la place du Tertre, en el barrio de Montmartre, quizás el de mayor encanto de todo París incluso en los días de lluvia, cuando sombrillas multicolores cobijan a los pintores y sus obras. Disfruto viendo pasear a los enamorados cogidos de la mano por los jardines, o contemplando en las calles empedradas cosas tan fantásticas como un viñedo o un molino de viento. Me gusta subir a la parte alta de la colina usando las escaleras o el funicular de Montmartre, para sentirme dueña de la ciudad, embrujada por la belleza de la Basílica del Sacré-Cœur, y dormirme escuchando cómo el rumor del Sena, alegre de día y cómplice de noche, susurra mi nombre.

No me costó encontrar en La Sorbona al ciego profesor de arte que buscaba. La suerte quiso que él estuviera buscando un ayudante a quien, a falta de sueldo, ofrecía alojamiento en su propia casa. Me aceptó de inmediato. Nada sospecha, estoy segura.

La convivencia no es fácil con un hombre receloso, reservado, a menudo ensimismado en su propio mundo. Con frecuencia lo observo y a veces fija en mí sus ojos ciegos como si supiera que lo miro y, turbada, aparto la vista. Me dobla la edad, y lo voy conociendo más por Amélie —la dueña de la frutería de la planta baja— que por él mismo. Todas las noches leo para él, es el único modo que he encontrado de atravesar su hermetismo.

—¿Qué me vas a leer esta noche, Marta?—me pregunta.

—Una novela: *Acuarelas en París*. Es una historia de amor.

—Bonito título para una historia de amor.

—Trata sobre un pintor que se enamora de una de sus modelos. Mantienen un romance pero un día ocurre algo que los marcará para siempre. Quiero leerte la parte más bella, una serie de cartas que la protagonista escribe al pintor pero que jamás envía. Al terminar cada una, la dobla y la introduce en una caja antigua de madera. Así, durante años: «Amor, de nuevo he soñado contigo. Paseábamos cogidos de la mano, mezclándonos entre las sombras. No sabes cuánto te amo, cuánto sufro y cómo maldigo tanto la distancia que nos separa como la ausencia que me mata el alma. Te quiero».

La carta parece interesarle. Sin embargo me dice que no le gustan las novelas románticas y hace gesto de querer levantarse, que intento retener con mis palabras.

—Lo que más me atrae de este libro es su portada, una acuarela donde una joven con la mirada perdida sostiene entre las manos una taza de café humeante mientras escucha música de violonchelo que interpreta un joven cuyo perro duerme a sus pies...

—¿Cómo es ella?

—Morena, el cabello recogido, esbelta. Lleva un vestido rojo, sin mangas, con zapatillas blancas... Me recuerda a mamá cuando era joven. Es preciosa.

Yo, que estoy pendiente de cada uno de sus gestos, aprecio un rictus cuyo significado no logro descifrar. Un gesto fugaz pues, como si fuera consciente de que lo observo, en seguida vuelve a mostrarse hierático y distante.

—¿Qué haces en París? —me pregunta de pronto.

—Cuando mi madre murió, el año pasado, me sentí muy sola...

—¡Vaya!, lo siento —exclama con pena, que me parece auténtica. El cuerpo de René se pone tenso y su rostro se ve un poco más pálido. Luego, recomponiendo el gesto, insiste en conocer qué me había traído hasta París.

—En Nueva York mi vida carecía de sentido. Cuando murió mi madre me propuse buscar un significado; fue cuando encontré esta novela en una de las viejas cajas que ella guardaba en el sótano. No le habría prestado atención de no ser por un papel que sobresalía de sus páginas. Era una nota dirigida a mi madre: «Querida Isabel, he conseguido localizar el libro que le interesa. ¿Está segura de que quiere remover el pasado? A veces, la mejor medicina es el olvido. Estos son los datos de la librería francesa a la que debe dirigirse si desea realizar el encargo...», y firmaba un tal Javier Otero. En su juventud, mi madre vivió unos años en esta ciudad. Sé que este libro encierra un secreto del que ella nunca me habló y he venido para descubrir de qué se trata.

—Eres una joven muy fantasiosa... —Por primera vez René esboza algo parecido a una sonrisa.

—Busqué a Javier Otero, un librero ya retirado, incluso contacté con él varias veces por teléfono, pero me daba evasivas. Hasta que un buen día me citó en el Plaza Hotel, allí donde Central Park se encuentra con la Quinta Avenida. Rondaba los setenta años pero aparentaba más edad. Paseamos en silencio hasta llegar a la altura de la calle 72, donde desemboca en Central Park. Frente al Memorial de John Lennon nos detuvimos, se quitó las

gafas y me explicó lo siguiente: «Debes saber la verdad: esa novela está basada en la historia de tu madre. Isabel se enamoró de un joven pintor parisino que solía rondar Pigalle buscando a su particular musa. La primera vez que la vio supo que ella sería la mujer de su vida. Y llegó a serlo, pero también fue su perdición. Algunos meses después naciste tú. Los editores pueden darte más datos si estás realmente interesada, yo no debo decir más».

Callo, por no delatarme, que también me dijo que se había enterado de que el protagonista era actualmente ciego y profesor en la universidad de París.

—Marta, ¿cómo sabes que es verdad lo que te han contado? Podría no serlo. Creo que estás huyendo del presente para correr detrás de una ilusión. —Y mientras pronuncia estas palabras, un tambaleante René se levanta y se dirige a su dormitorio.

No he sido capaz de conciliar el sueño. Ya de madrugada, a pesar del frío que reina en el exterior, permanezco asomada a la ventana contemplando la figura iluminada de la Tour Eiffel, tan accesible que puedo sentirla mía alargando la mano. Me quedo mirándola hasta que amanece.

Muy temprano, encuentro a René recostado en su sillón, envuelto en una manta del mismo color grisáceo con que el cielo ha amanecido.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —le pregunto.

—No he dormido bien. Ven, siéntate a mi lado; te contaré lo que quieres saber, ya que estás decidida a averiguarlo. —René habla con una energía poco usual en él—. Conocí a tu madre un atardecer paseando por Montmartre. Un grupo de jóvenes reían mientras cenaban en la terraza de un bistró, Le Tire-Bouchon, un lugar acogedor donde las paredes están forradas de fotos con dedicatorias de los que un día pasaron por allí. François, el dueño, contestando a una muda pregunta me dijo: bailarinas del Moulin Rouge y del Lapin Agile, y siguió sacando brillo a los vasos con indiferencia. Tu madre destacaba entre todas... No llegamos a casarnos, aunque

se lo propuse dos veces. Es mejor así, decía, ¿para qué estropearlo?

René calla, espera mi reacción, pero yo sigo inmutable hasta que continúa.

—No sé en qué momento comenzó a distanciarse de mí. Finalmente un día se fue. El resto es burdo y poco original, como esa novelucha que leías anoche. Yo la esperé cada día a las puertas del Moulin Rouge, me volví loco, la quería, la odiaba, la buscaba desesperadamente, porque nunca amé a nadie como la quise a ella. Pero lo único que encontré fueron las terribles resacas que deja la absenta. Y esta ceguera, fruto de ella, como un símbolo de mi vida a su lado.

Hice que mi mano rozara la suya, inerte sobre el sofá.

—El libro dice que Isabel tuvo una hija con el pintor... y explica los motivos por los que...

—¡¡No, no!! Ni una explicación, ni una llamada... Ni siquiera una carta como esas que me leíste anoche, guardadas en una caja de madera antigua... solo fruto de la imaginación de un escritor. ¡¡No!!! ¡Jamás!

o o o

La melodía de una vieja canción de amor le acompaña mientras con el alma de sus ojos mira la acuarela que un día pintó por amor. Jacques Brel suplica a una mujer algo seguramente imposible. Llueve en París y sabe que un avión despegará en ese mismo momento. Ahora que ella se ha marchado se da cuenta de que siempre llueve en París. Y la imagina con el libro en el regazo, la imagina tan parecida a ella, mientras él acaricia con sus manos la caja de madera antigua que contiene unas cartas que le llegan demasiado tarde. Y sabe que la deja marchar sin decirle que es su hija, o quizá no lo sea, y sin que Marta sepa que todo en él se había estremecido desde el momento en que reconoció su voz.

La hostería

© *Eduardo Krüger*

La habitación de la hostería era un cubo de paredes y techo encalados, con dos ventanas. Olía a aire quieto y cera para lustrar pisos. Robledo decidió no descorrer aún las cortinas ni abrir las ventanas para ventilar y mirar el cerro al fondo. Ese ambiente de hostería modesta le rememoró los veranos de su infancia en los que sus padres solían llevarlos a las sierras de vacaciones a sus hermanos y a él. De eso habían pasado al menos treinta y cinco años y el recuerdo lo alcanzaba ahora a través de esa distancia, despojado de nostalgias pero trayéndole una imagen de sí mismo que seguiría formando parte de él para siempre.

Apoyó la valija sobre una de las dos camas y se sentó junto a ella, de frente a la otra. Había una mesita de luz entre ambas camas con un Nuevo Testamento encima y una marca de vaso sobre el barniz color roble. Pensó en alguien arrodillado de espaldas a él, con los codos clavados en el otro colchón, rezando solo en la penumbra inmóvil del cubo blanco.

En el cajoncillo de la mesita había un cenicero con vestigios de nicotina vieja. Lo puso al lado del libro, tapando la huella circular del vaso, cerró el cajón y fue al baño. Orinó con la vista fija en los cerámicos de la pared, pero seguía absorto en la imagen del tipo orando en la habitación, con la cabeza reclinada y el cuello sumido entre los hombros.

Cientos de personas habían pasado por esa habitación. Algunas habían fumado dejando marcas en el cenicero, o bien apoyado un vaso húmedo sobre el barnizado. O habían meado en el mismo inodoro, fornicado incómodamente en una de las camas y observado hasta dormirse el cielorraso de madera. Podía imaginar todas

esas generalidades. Él mismo, unos días después, pagaría la cuenta al irse y sería alguien más en esa lista anónima.

Pero, del hombre rezando, Robledo sabía la historia, al menos los trazos gruesos. Algo le ha pasado a ese hombre que lo llevó hasta la habitación encalada. No acostumbra ni cree en orar. Pero ese algo irredimible lo ha llevado a hincar las rodillas frente a la cama y rezar. Lo hace con la cabeza inclinada hacia el hueco con que sus codos hienden el cubrecama y esa visión lo distrae del sentido que implica su oración. Es una oración maquinal, aprendida de memoria, pero él desea que cada una de las palabras salga de sus tripas, no de su razón. Entonces cierra los ojos y sigue:

«Señor, dame serenidad para aceptar lo que no puedo cambiar, valor para cambiar lo que puedo y sabiduría para distinguir la diferencia».

Robledo trató de anular la imagen de sí mismo, de él, que se había pensado siempre ateo y no confiaba en que rezar aliviaría la carga que a menudo le hundía el cuello entre los hombros. Al volver a la habitación respiró hondamente el olor a fogata de leña y a resina de pinos tratando de no pensar, solo percibir. Pero entremedio se filtraban las caras y las voces de sus hijos correteando sobre las hojas secas y el rostro adusto de su esposa junto a él, en las últimas vacaciones que pasaron juntos.

«Señor, dame serenidad para aceptar lo que no puedo cambiar, valor para cambiar lo que puedo, y sabiduría para distinguir la diferencia».

Abrió los ojos al oír restallar un trueno cercano. Eran las suyas las manos entrelazadas en oración y su otro yo arrodillado había desaparecido frente a él junto con la claridad final de la tarde.

La mucama de la hostería golpeó tímidamente. Robledo abrió la puerta y ella pidió permiso para entrar. Luego acomodó dos juegos de toallas sobre un banquito al lado del baño, avisó de que ya había agua caliente y preguntó si el señor necesitaba algo más.

—No, gracias —respondió Robledo.

La muchacha olía a jabón para lavar ropa y a humo de leña. Robledo tomó una larga ducha hasta que cesó el rumor de la lluvia sobre los tejados. La calefacción había empezado a funcionar. Se afeitó y salió del baño desnudo para abrir la ventana que daba a los fondos de la hostería y a la vista familiar de las sierras sobresaliendo del follaje húmedo y brillante. Del pinar venía la fragancia de los rescoldos sobreviviendo al chaparrón.

Frente a la brisa fría, Robledo disfrutó de su desnudez, de la sensación de tener su pene erecto a medias recordando que Iris llegaría con el ómnibus de las veintidós, sortearía ansiosa los charcos de la calle principal y entraría en la habitación con la misma alegría juvenil de siempre.

«Ni todo el oro del mundo puede borrar tu pasado. Solo vive lo que te toca hoy, día por día».

El hoy de Robledo eran sus cuarenta y cinco años, su divorcio de casi dos y el ver cómo los labios de Iris se henchían de deseo esperando el orgasmo y amándolo después del placer. Entonces él se refugiaba en la tersa concavidad que iba de la clavícula hasta el hombro de ella, con su brazo abandonado sobre su vientre satisfecho, amándola sin poder prometerle un hijo.

Robledo se durmió sin cenar, desnudo bajo las cobijas y con la luz del velador apagada para distinguir el cielo nocturno a través de la ventana.

«Cuando uno deja de tomar alcohol duerme sin sueños. Es por el cansancio de tanta angustia, por la necesidad de dejar atrás todo lo que nos hace recordar el alcohol con tal de sobrevivir. Parece egoísta pero, si no sobrevivimos, no hay nada adelante».

A Robledo lo despertaron la caricia y la voz de Iris susurrándole. Ella se había desnudado antes sin encender la luz y él sintió sus senos rozándolo. Hicieron el amor sin hablarse, él oliendo a ducha y jabón; ella, a mujer y a seis horas de viaje en ómnibus. Antes de dormirse Robledo oyó la lluvia cayendo otra vez sobre los tejados y los charcos.

Al despertar tuvo el súbito recuerdo de estar en su casa y recorrer las habitaciones de sus hijos antes de apagar las luces y volver a su dormitorio para acostarse mirando la espalda de su esposa dormida.

Descorrió las cobijas hasta ver la desnudez de Iris, dormida y vuelta hacia él. Apenas había empezado a acostumbrarse a su piel blanca, a sus grandes aréolas castañas, a la V de sus vellos rojizos subiendo desde la entrepierna hacia su abdomen deliciosamente combado.

Sobre la mesa de luz aún estaba el evangelio. Levantó las cobijas e Iris se volvió en sueños hacia el lado opuesto de la cama. Robledo la abrazó desde atrás, apretando los labios. Rezó: «Dame la sabiduría para distinguir la diferencia. No sé quién soy», hasta dormirse otra vez.

Cuando despertó, Iris salía del baño envuelta en una toalla, con la piel de gallina pese a la calefacción. Se metió húmeda en la cama para contarle con todo detalle cómo había arreglado los reemplazos en su trabajo, cómo había arreglado las cosas para que su madre y su gata no quedaran solas durante su escapada a las sierras, y cuánto lo quería a él. Él, absorto, admiraba el entusiasmo de ella. Amaba eso que lo ponía en movimiento aunque afuera el día siguiera frío y apagado.

Desayunaron dos veces con tostadas, mermelada y café con leche. Iris inquirió a la posadera acerca de qué paseo podrían hacer a pie desde la hostería.

Salieron hacia al pinar. El sendero serpenteaba repechando la falda del cerro. Se detuvieron en un recodo alto desde el que podían ver el pueblo y el tejado de la hostería. En ese momento empezó a caer aguanieve. Estuvieron un rato mirando el pinar y el valle abrumado por la llovizna hasta que Iris lo abrazó y le dijo que lo amaba pese al frío.

Robledo recordó una imagen no tan lejana de sus hijos corriendo cuesta abajo entre risas. Era como si hubiera sido ayer. En la mitad del descenso su esposa se detuvo y se volvió hacia él. Los niños habían llegado abajo y ya no podían oírlos. Entonces ella le dijo que no tenía más sentido seguir juntos y a Robledo eso le pareció tan

suficiente como la confirmación de lo que ambos sentían desde mucho antes. No dijo nada. Bajaron a hacer las valijas, volvieron a la ciudad sin hablarse entre ellos y a los dos meses estaban divorciándose.

Robledo sintió encono hacia ese recuerdo. Tardaría mucho en convertirse en una parte inseparable de sí mismo despojada de nostalgias. Seguramente estaría ahí por siempre.

Iris le dijo que lo amaba pero que estaba meándose encima por culpa del frío. Descendieron corriendo con las mejillas y los dedos helados. Entraron a la hostería y subieron las escaleras volando mientras la posadera intentaba saludarlos. Arriba estaba la mucama ordenando el cuarto. Robledo le pidió que los excusara y le dio diez pesos de propina para convencerla de que ellos terminarían de acomodar las camas. Iris se duchó con agua caliente un largo rato. Robledo se quedó mirando por la ventana el paisaje impreciso de los cerros. Tan impreciso como él. Rezó mentalmente: «Dame la sabiduría para distinguir la diferencia. No sé quién soy». Cuando Iris salió del baño con la espalda perlada de gotas se cobijaron bajo las frazadas, apretándose a ese fugaz retazo de felicidad.

Atrapados

© Lautaro Volpi

Frente a mi ventana, al otro lado de la calle, dos mujeres limpian en un apartamento desde hace rato. La más joven, en el balcón, con el pelo recogido en una cola rubia, frota el cristal allá donde le señala la otra, que se ha quedado dentro escrutando las manchas a contraluz.

Una treintena larga de pisos más abajo las aceras se ven desiertas. Cuando el calor aprieta, la ciudad huye al mar los fines de semana. Sólo los coches, con su cargamento refrigerado, discurren de tanto en tanto por el asfalto. Intento escribir desde hace días, pero ni husmeando con los prismáticos en las vidas ajenas de los edificios de enfrente se me ocurre qué.

Limpian las puertas correderas del balcón, una a cada lado, como si fueran reflejos a destiempo: una con moño y camisón crudo, la otra con *jeans* y camiseta pegada al torso. La del camisón repara en una sombra que la otra no acierta a eliminar. Insiste con un dedo desde dentro, apuntando a un avión invisible por encima del flequillo de la joven, que le da al trapo con vigor, como si intentara borrarle la huella dactilar desde este lado. El resultado no satisface a la vieja. Con las manos en jarras mira a la rubia a través del cristal y sale a encargarse personalmente. Cierra de un empujón las hojas solapadas, que se clavan con sendos golpes en sus picaportes. Frota con energía un punto determinado. Contenta al fin, muestra el resultado a la otra, que le dice que sí repetidamente con la cabeza. Entonces pasa algo. La vieja quiere volver a entrar pero no puede. Forcejea con las puertas, tira de una, luego de otra, pero no se abren. Se han quedado atrapadas en el balcón, a treinta y tantos pisos sobre la acera.

Bajo la persiana y entorno las baldas para poder observar sin que me vean. Las mujeres tironean un rato de las puertas. Buscan ayuda en los balcones cercanos. La más joven señala mi ventana. Probablemente se haya percatado de alguno de mis movimientos. Se asoman a la calle. Los coches avanzan con las ventanillas cerradas. Muy pocas personas transitan por la acera, diseminadas. Las mujeres gritan, hacen movimientos con los brazos. Abajo, un grupo de jóvenes las miran, se ríen, las señalan, se empujan unos a otros antes de seguir su camino. El sol aprieta: la vieja se enjuga la frente con la manga del camisón. Dos manchas húmedas han aparecido en los sobacos de la rubia. Cada cierto tiempo prueban inútilmente con las puertas. Se apoyan en la barandilla y gritan.

Discuten entre ellas. Desde donde estoy no consigo oír las. En el mismo edificio, cuatro pisos más abajo, un niño se moja el dedo con saliva y dibuja círculos en el cristal. Detrás de él, en un sofá contra la pared, un hombre y una mujer atienden al parpadeo de un televisor. Imagino la piel fría del niño, acondicionada detrás de los cristales. En su balcón, las mujeres parecen sofocadas. El sol se desplaza muy despacio. La reverberación de la luz les impide ver el interior más oscuro de la habitación y hacen pantalla con las manos para mirar a través de los cristales. Lo hacen a constantemente, sin ningún resultado.

Un poco más arriba de donde está el niño, un hombre que lee de espaldas al balcón parece oír algo. Se levanta del sillón con el libro entre las manos y se acerca a los cristales. Apunta el oído hacia la calle, pero en ese momento las mujeres, aparentemente agotadas, guardan un inoportuno silencio. El hombre mira en varias direcciones, se encoge de hombros y desaparece por una puerta del fondo.

Las mujeres están maquinando algo. La rubia se busca en los bolsillos y saca unas llaves. Parecen muy animadas ahora. Miran con insistencia hacia la acera, con las llaves

en la mano, como si pretendieran dejarlas caer, pero no acaban de decidirse, titubean. Se me ocurre la posibilidad de que las llaves hieran a alguien al caer o, por el contrario, que pasen desapercibidas y desaprovechen esa oportunidad. La única solución sería intentar llamar la atención para sincronizar la mirada de alguien con la caída. No parece fácil, están muy arriba.

La mujer mayor trajina con el trapo que ha usado para limpiar los cristales. Saca una horquilla del moño y lo amarra a las llaves a modo de señuelo o paracaídas. Así conseguirá que la caída llame la atención y no se pierdan fácilmente. La rubia asiente con admiración.

Un joven acaba de doblar la esquina. Se acerca. Camina solo, despacio, ensimismado. No hay nadie más a la vista, sólo coches rugiendo. Se preparan, y cuando el hombre está a varios metros de la vertical dejan caer el trapo con las llaves y gritan haciendo aspavientos. El hombre las mira, sigue con los ojos el descenso vertiginoso del trapo que, desde luego, no cae como un paracaídas sino como un pequeño supermán de capa blanca en dirección al centro de la tierra. Las llaves se estrellan a un par de metros del hombre, que se detiene, inmóvil, mirándolas. Arriba, las mujeres agitan los brazos, un puño contra el otro, como compuertas que se cerraran. Parecen decir: stop, cerrado, se acabó... o algo así.

El hombre coge las llaves, las sopesa. Se aleja de la pared todo lo que le permite la acera para conseguir una mejor perspectiva y cuenta los balcones con el índice. Parece haber entendido. ¿Treinta y siete, treinta y ocho, treinta y nueve...? Con decisión, prueba las llaves en la puerta de entrada y desaparece en el interior del edificio.

Minutos después su cabeza se asoma al salón de las mujeres. Busca la habitación en la que se encuentran atrapadas. Da unos pasos en dirección al balcón con las manos en los bolsillos. Las mujeres le hacen gestos, alborozadas. Él se detiene, las mira, se da la vuelta y sale. Lo veo pasar de una habitación a otra, parece registrar la casa a vistazos, quizás se cerciora de que está solo. De

nuevo vuelve al cuarto del balcón. Las observa golpear los cristales. Se sienta al borde de la cama, frente a ellas, sin mirarlas. Las ignora. Rebusca en los cajones de un mueble que hay contra la pared. Ellas siguen aporreando las puertas. El hombre baja la persiana y las mujeres se quedan aisladas. Al rato lo veo atravesar el salón y desaparece durante unos minutos. Vuelve con unas hojas de papel y una cerveza en la mano, se sienta en el sofá, frente a una mesa. Las mujeres hablan entre sí, nerviosas. Han dejado de gritar. Parece que es una buena idea: lo que está ocurriendo es anómalo y raro, y potencialmente peligroso, más vale no forzar la situación. El joven saca un bolígrafo del bolsillo de la camisa, se inclina sobre la mesa y escribe. Después de unos minutos se detiene, mira al frente ensimismado, confuso, y al cabo sigue escribiendo durante un buen rato. Las mujeres intentan escuchar el silencio pegando la oreja a la persiana. El hombre se levanta en busca de otra cerveza y sigue con la escritura, su cabeza inclinada se recorta dos ventanas a la izquierda del balcón donde están las mujeres.

Cuando parece haber acabado vuelve a la habitación y sube la persiana. Las mujeres juntan las manos, suplicantes. Él las mira, ensaya una sonrisa torva y da media vuelta. Antes de salir abandona el manuscrito sobre la cama. Escruto los papeles en la distancia, intentando adivinar, intrigado. El hombre reaparece en el salón. Arrastra una silla que ha debido coger en el pasillo. La coloca junto a la ventana, pero no se sienta: se sube a ella y haciendo palanca con ambos brazos salta a la calle. El vértigo me golpea como una onda expansiva, me paraliza y me mareo. Al separarse de la ventana, el cuerpo se ha encogido sobre sí mismo durante una fracción de segundo, en posición fetal, asustado, como si el vacío lo hubiera pillado por sorpresa. Enseguida se abandona, y las extremidades se despliegan al capricho de la física. Mientras cae, su cuerpo va girando y se estrella de espaldas contra el cemento. Me sujeto a la mesa para mantenerme en pie.

Las mujeres miran el cuerpo contra la acera, atrapadas en el balcón. Más allá unos folios garabateados tiran con fuerza de mí y el pulso se me acelera en un instante.

Un par de vehículos se detienen junto al hombre reventado. Los pocos transeúntes que circulan por la acera se acercan y rodean el cadáver. Una mancha púrpura gana centímetros a la izquierda de su cabeza. Lentamente me recupero del choque. Las mujeres miran hacia abajo apoyadas en la barandilla, en silencio, petrificadas. Otros coches aminoran la marcha o se detienen a curiosar, la circulación fluye entrecortada. Suenan bocinazos y crece el barullo. Vecinos de los primeros pisos del inmueble se asoman a mirar, bajan hasta la acera.

En los papeles debe estar la clave de este espectáculo delirante. Los miro con ansia, y de pronto se me ocurre intentarlo. Cuento los pisos hasta el balcón: treinta y ocho. Bajo a la calle y cruzo el tráfico amotinado. Quisiera, pero es difícil ver la cara del suicida, demasiadas personas alrededor. La gente lo contempla fascinada, casi con entusiasmo. Algunos miran hacia arriba, y señalan. No puedo entretenerme.

Me cuelo por la puerta entornada del edificio. El ascensor sube y me deja en un descansillo desierto. Suerte. Me muevo como un ladrón en las sombras, silencioso y alerta. Con no muchas esperanzas busco una puerta que no esté cerrada. Ahí está, de par en par, con las llaves puestas, el trapo aún amarrado. Mucha suerte. He de darme prisa, pronto relacionarán a las mujeres del balcón con el muerto y subirán a preguntar. Si no estuvieran encerradas al otro lado, cualquiera podría pensar que lo han empujado ellas.

No quiero complicaciones. Ahí está la silla y la ventana abierta. Escruto los edificios de enfrente por si alguien está mirando a esta altura, como hacía yo. No puedo estar seguro, así que decido taparme la cara con las manos al cruzar por delante de las ventanas. Miro por las ranuras entre los dedos. Me asomo a la habitación de las mujeres. La atracción del suicidio las mantiene hechizadas y no

despegan la vista de abajo. Tomo las hojas y salgo sin que se percaten. Abandono el ascensor en el primer piso, no quiero sorpresas. Compruebo que el camino está despejado antes de bajar el último tramo de escalera y salir a la calle.

Las mujeres echarán en falta los folios abandonados sobre la cama, pero eso no tendrá ninguna consecuencia. Si acaso, añadirá algunas incógnitas más al cúmulo que ya las sobrevuela. Aún siguen en el balcón, interesadas en el muerto y casi olvidadas de su cautiverio en el exterior. Pronto las liberarán y dejarán de estar fuera. Paradójico efecto.

La tarde bosteza, el anochecer comienza a insinuarse en los límites de la ciudad. Varias palomas sobrevuelan el bochorno de la tarde ajenas a los movimientos de la calle: el suicida, los policías –uno que alivia el tráfico de mala gana, y otro que aparta a los curiosos–, los fisgones asomados a las ventanas, los bocinazos de los coches que alargan el atasco sin saber qué pasa más adelante. Me abro una cerveza y comienzo a leer los folios.

Como desde un palco

© *José García Montalbán (Josgar)*
josegarciamontalban@gmail.com

La sombra del sillón se refleja en la pared. Distingo en ella mi silueta alargada y vacilante. Solo se oyen los chasquidos de la leña al arder en el hogar y el suave susurro de la lámpara de gas. El libro huele a moho. Reconpongo sus páginas sueltas y empiezo a leer: «Extramuros la luna se detuvo...». Poco después me levanto y salgo a la calle. No hay farolas en el pueblo, solo la oscuridad que poco a poco extiende por las calles empedradas su silencio y tristeza. El viento de la sierra baja frío, cortante. Unos nubarrones negros abrazan los montes cercanos y, en la lejanía, el tenue claror anaranjado ilumina unos minutos más las cumbres nevadas. Saco del coche una manta y la linterna. Luego entro de nuevo en el caserón y cierro la puerta con llave.

¿Qué me ha empujado a pasar la noche aquí? No encuentro una respuesta convincente. Puede que sea la nostalgia, o quizás puro masoquismo. Miro el retrato en blanco y negro de mis padres en el día de su boda, que cuelga en un rincón de la pared. Lo descuelgo para quitar las telarañas con la mano y lo vuelvo a poner en su lugar. Están serios, mirando fijamente a la cámara con una expresión parecida a la del Sagrado Corazón que destaca por encima del mueble del comedor. Sobre este, una imagen de plástico de la Virgen del Pilar y un frutero vacío comparten el polvo con la superficie lisa y barnizada. Entro a mi cuarto y dirijo el haz de luz a un lado y a otro. Todo sigue como lo dejé cuando marché a estudiar al internado de Zaragoza. Mis padres me siguieron años más tarde, pues tenían que pagarme los estudios y les resultaba imposible vivir con lo poco que da

la tierra. ¿Qué podría llevarme ahora? ¿Libros del Círculo de Lectores que me traía el cartero cada mes? ¿Poemas amarillentos escritos con la ilusión inocente de una utopía que resultó desilusionadora? ¿Lápices de colores y un sacapuntas que usaba en la escuela cuando aún había una en el pueblo? Son pequeños recuerdos y objetos que ya no me sirven para nada. Cierro la puerta de la habitación para que el poco calor se concentre en la sala y regreso al sillón, frente a la chimenea.

La semana pasada enterramos a mi madre. Los últimos años de su vida han sido duros, también para mí. Su enfermedad me ha ocupado todo el tiempo libre. Durante el día, una señora ecuatoriana cuidaba de ella. Por las noches, sus pasos en la oscuridad me despertaban con frecuencia. Unas veces quería ordeñar a las vacas; otras, llamaba a mi difunto padre para que se levantara a dar de comer a los animales; y, las más, sus heces pisoteadas por el pasillo llenaban mi casa de un olor insoportable.

Hace unos meses sufrió una caída con rotura de fémur. La operación y su larga estancia en el hospital supusieron para mí un cierto alivio al disponer de tiempo, y pude dedicarme más intensamente a mi oficio de abogado del Estado. A su salida del centro hospitalario, solicité a la señora ecuatoriana que se quedara día y noche en mi casa con su hijo de pocos años. Ya no podía soportar más tener que lavar y vestir a mi madre, que además se encontraba sin movilidad. Su ingreso en una residencia de ancianos hubiera supuesto para mí un remordimiento que nunca habría superado, y para ella la muerte segura. Ahora descansa en paz junto a mi padre en el cementerio de Zaragoza.

Ella siempre se negó a que la casa del pueblo se vendiera. Imagino que vivía con la esperanza de que un día su único hijo volviera para hacerse cargo de la casa, cuya construcción supuso tantos sacrificios y esfuerzos en una época de posguerra y miseria. Quizá nunca perdió la

esperanza de que me casara y compartiera la vida con una mujer, aquí, donde ella vivió su vida humilde y monótona con mi padre. Una felicidad sencilla; lealtad de por vida y entrega total sin esperar nada más allá de lo cotidiano y el cariño mutuo. Pero esta mañana, Antonio, el que hace las veces de alcalde, ha firmado el contrato de compra-venta de la vivienda y me ha entregado el cheque por la cantidad acordada. Puede sonar materialista, pero apenas servirá para cubrir los gastos del entierro. Me ha invitado amablemente a comer en su casa. Su señora ha preparado un asado estupendo. En la sobremesa hemos charlado durante horas y, entre copa y copa de Somontano, hemos recordado tiempos pasados y anécdotas de la gente del pueblo. Es un verdadero terrateniente y no quiso dejar sus obligaciones cotidianas para desplazarse hasta la notaría, por lo que le prometí que yo me encargaría de todo el papeleo. Proyecta convertir la casa de mis padres en un albergue rural y así traer algo de vida al pueblo, que en otra época llegó a tener más de 200 habitantes. Ahora solo quedan unas pocas familias de ancianos y algunas casas de piedra, cuyos tejados se encargan los años de desplomar.

Cubierto con la manta miro al fuego. Me vienen a la mente los años de infancia. Conservo viva en la retina la imagen de mi madre lavando los pies a mi padre con jabón de pastilla en una palangana de agua caliente, junto a la chimenea, tras un duro día de labranza. Mi padre aprovechaba esa agua para lavarse discretamente en el retrete, que era un cuartucho pintado de azul con un cortinón y una letrina de asiento con tapa de madera. Luego, por la noche, oía los gemidos de mi madre y el chirriar del somier... Pero no siento nostalgia. Es como si viera todo a través de visillos, sentado en el palco de un teatro, sabiendo que aquello que observo es solo una representación, pero no algo real. No me siento partícipe, solo observador, uno más del público. Y sin embargo, yo también soy parte de la obra, que es simplemente el pasado, mi pasado, aunque no lo sienta así. Pero en este palco donde estoy huele a humedad, a paredes

desconchadas, a hogar vacío desde hace muchos años... a viejo. Viejo como el aspecto de mi cara, como mis años vividos, como mis amores y desengaños, como aquel final lejano que cada día se acerca más.

Un golpe seco me saca de mis pensamientos y el sobresalto me alza del sillón. El retrato de mis padres se ha descolgado de la pared y los cristales se extienden por el suelo. No creo en fenómenos extraños y prefiero pensar que lo he colgado mal, o que el clavo ya no soportaba su peso. Recojo con cuidado la vieja foto y la enrolla para llevármela. Miro maquinalmente la hora en el móvil y compruebo que sigue sin cobertura. Son las diez y cinco de la noche. Olvidaría todo lo que me rodea y marcharía a mi casa; pero no, he decidido quedarme y dormiré aquí.

Un hilo de luz me despierta. Amanece entre cantos de pájaros y la bruma matinal. Al levantarme del sillón siento que me duelen todos los huesos. Los troncos de la chimenea se han consumido y vuelvo a cubrirme con la manta.

La mañana es fresca. Pagaría lo que fuera por un café con leche y un cruasán recién hecho. Inspiro fuerte el aire que huele a nada, a aire, y miro hacia el fondo del valle por donde discurre lejana la carretera. El cristal de mi coche tiene una fina capa de rocío que aparto con los dedos. La higuera frente a la casa empieza a despertar de su letargo invernal. Siempre la he conocido igual de vieja.

Echo un vistazo para no olvidar nada, cierro el grueso portón y me guardo la llave en el bolsillo de la chaqueta. Luego pongo en marcha el vehículo, programo la calefacción al máximo. Son las siete pasadas. Cuando tenga cobertura llamaré al bufete para avisar de que llegaré con retraso. Entonces me doy cuenta de que la llave de la casa ya no la necesito, que su peso me molesta, y la arrojo por la ventanilla. Pero a la salida del pueblo

doy media vuelta y regreso en su búsqueda. Me la guardo de nuevo y miro la casa por última vez.

También autor de la novela: Abdelassía, mi reina mora (enlace)

El aguador

© *Fernando Hidalgo Cutillas (Panchito)*
tutankamon@gmail.com

Vivió en la Qurtuba¹ de los califas un hombre llamado Halim que siendo joven se unió a las tropas de Almanzor el Victorioso en sus campañas contra los reinos cristianos del norte. Pero de eso hacía ya muchos años; el *hayib*² que fuera azote de Dios descansaba bajo tierra en Medinaceli y la guerra que siguió entre sus sucesores y los del califa le pareció a Halim demasiado penosa para un hombre de su edad, de modo que se retiró a la villa de Shantyala³, donde esperaba pasar una vejez tranquila y bien acomodada con la pequeña fortuna que acumuló a lo largo de sus correrías.

Llegó al pueblo montado en una mula marchadora, más manejable que un caballo, seguido por sus dos mujeres, los criados y algunos carromatos cargados con sus pertenencias. Se instaló en la casa que había comprado poco antes, cercana a la mezquita, y dedicó los primeros días a conocer a sus nuevos vecinos y a tantear el precio de las tierras que pensaba adquirir. Todos sintieron curiosidad por la llegada del forastero mas, pasada la novedad, la rutina volvió a la vida del pueblo.

Halim compró algunas fanegas de secano y cada mañana iba a cuidarlas a lomos de un asno. Diariamente se encontraba en el camino con Ahmed, un joven aguador tan poco afortunado que sólo contaba con un gran perro para arrastrar el carrito en el que a duras penas cabían tres cántaros de mediano tamaño. Ahmed se apartaba del paso

¹ Córdoba

² Consejero, primer ministro del califa, por encima del visir.

³ Santaella

del anciano mientras cruzaban los saludos de rigor: *Assalamu alaikum, Walaikum as salam*⁴.

Un día el aguador se atrevió a hablarle:

—Mi señor, soy Ahmed, el aguador más pobre de Shantyala y el más dispuesto a servirte. ¿No necesitas agua limpia y fresca en tu casa? Pronto llegará el verano, que aquí es muy caliente, y los aljibes quedarán secos.

Halim detuvo el asno y se giró para mirar a quien le hablaba. El joven aguardaba la respuesta.

—Tengo criados que hacen lo que es necesario pero no me parece mal lo que propones. ¿Cuánto pides por tu trabajo, Ahmed?

—He pensado que, en lugar de darme unas monedas, me cedieses uno de tus burros mientras dure la labor. Así podría cargar más agua de la que puede acarrear este viejo perro y obtener más beneficio. Si gano lo suficiente quizá pueda comprarte el animal al final del estío.

—Está bien, ve y di a mis criados que te presten una de las best... el asno más chico —rectificó— y un carro pequeño. A partir de mañana, en cuanto amanezca quiero llenas las cuatro tinajas que están junto a la puerta de mi casa. Y cuida bien del burro. ¿Estamos?

—Así se hará, y que Alá te bendiga.

A partir de ese día Ahmed cumplió puntualmente el encargo. Cada mañana, justo al amanecer, llenaba las tinajas de Halim. Dedicaba el resto de la jornada a sacar provecho de su nuevo asno.

Uno de esos días, al entrar el aguador en el patio vio a una muchacha recogiendo unas flores. Ahmed se asombró como si hubiera visto a una huri⁵ y quedó petrificado pero la joven, lejos de asustarse, le explicó con naturalidad:

—Debo recoger estas flores antes de la salida del sol o pierden su fragancia. Es mejor que no digas a nadie que

⁴ La paz esté contigo, contigo esté la paz.

⁵ Cada una de las mujeres bellísimas creadas, según los musulmanes, para compañeras de los bienaventurados en el Paraíso.

me has visto, aguador. —Le sonrió, y entró corriendo a la casa.

Ahmed se frotó los ojos, sin darles crédito. ¿Será un ángel?, se preguntaba. Desde aquel día no pudo apartar de su mente aquella sonrisa, la más bella que había visto en su vida.

En ocasiones los dos hombres hacían juntos parte del camino, cuando Ahmed regresaba a la fuente y Halim iba a sus tierras, aunque raras veces conversaban. Un día el joven se decidió a preguntar:

—¿No tienes hijos, mi señor? —Sospechaba que el ángel de sus sueños fuera una hija de Halim.

—Cientos, cientos de ellos... seguramente. Así es la vida del soldado, como la del labrador que lanzara la simiente en tierra a la que no ha de volver.

Ahmed rió la ocurrencia. E insistió:

—Me refiero a hijos que estén contigo.

—No ha querido Alá darme esa bendición, todavía. He pasado largos años en la guerra, lejos de mi casa. Mi primera esposa, Nadima, se hizo mayor. Además, creo que ella no... —Halim torció el gesto—. Debí repudiarla, pero siempre la he amado. Ahora tengo una nueva esposa muy joven y lozana con la que espero procrear el vástago que continúe mi linaje. Más de uno, con la ayuda del Profeta —auguró, mostrando una desdentada sonrisa.

El aguador dedujo que la mujer que había visto en el patio no era otra que la esposa lozana a la que se refería. Halim continuó:

—Ya hace más de un año que vamos tras ello pero hasta ahora no ha habido suerte. Es una maldición, no podría creer que Yasmina fuese también estéril. ¡Alá no lo permita! —Hablaba con resentimiento—. Si antes del invierno no queda preñada la apartaré y tomaré nueva esposa.

Se separaron los dos hombres y Ahmed caminó pensativo al lado del burro. ¿Qué sería de ella, si la repudiara Halim? Dos esposas y... ¿nada?, cavilaba.

—Sí va a necesitar ayuda, sí. Y no sólo del Profeta — le dijo al animal, sabiendo que éste no podría contarle.

Un atrevido plan empezó a tomar forma en su cabeza.

El joven aguador era apuesto. Su llegada a las casas siempre coincidía con curiosos movimientos de sombras tras las celosías. Y algo más que agua le requerían en ocasiones. Pero desde su encuentro con Yasmina sólo pensaba en ella. Por fin conocía el nombre de su amor. Le pareció muy apropiado, era delicada y perfecta como la flor del jazmín. Debía hablar con ella cuanto antes, lo que no sería nada fácil.

Empezó a merodear la casa cada atardecer, evitando ser visto. Así pudo averiguar cuál de las ventanas correspondía al aposento de la joven. Una mañana, antes de entregar el agua, esperó oculto a que Halim saliera. Llegó luego hasta el patio, llenó las tinajas y fue bajo la ventana de Yasmina, imaginando que ella aún dormía. Lanzó unas piedrecillas a la celosía a la vez que imitaba el canto de la tórtola. Al poco rato, oyó un susurro:

—Eres muy atrevido, aguador, y muy imprudente.

—He de hablar contigo, mi señora. Es por tu bien...

Se hizo un largo silencio.

—Di, pues —pidió Yasmina, sin dejarse ver.

—Las paredes tienen ojos y oídos. Esta noche, bajo el olivo al lado del pozo. No faltes. Te esperaré hasta el alba si es necesario...

Yasmina acudió con sigilo, pasada la medianoche. Reprochó en voz muy baja:

—¿Qué es lo que has de decirme por mi bien, aguador? ¿No sabes que Halim nos mataría si nos encontraran aquí, juntos a esta hora?

Ahmed le contó lo que había averiguado:

—Tu esposo te repudiará si antes del invierno no quedas encinta, eso me dijo. Quería advertirte.

La joven, tras un momento de vacilación, respondió:

—Bien quisiera yo darle el hijo que él desea, pero...

—Su primera mujer tampoco engendró. ¿No lo entiendes? —interrumpió el aguador—. Las alforjas de

Halim están vacías. Si Alá no lo remedia, tu desgracia es inevitable.

Al comprender, Yasmina se tapó la cara con las manos y comenzó a sollozar.

Ahmed se asomó al pozo, que estaba seco.

—¿Qué haces cuando un pozo se seca? —preguntó inesperadamente.

—Hay que buscar agua en otro sitio —respondió ella con voz entrecortada, sin entender el motivo de la extraña pregunta.

—Pues eso mismo has de hacer. Tú quedarás embarazada, Halim tendrá el hijo que desea y la vida continuará sin sobresaltos.

Siguió un largo silencio en el que Ahmed esperaba ansiosamente la reacción de la muchacha. Por fin ella secó las lágrimas que aún corrían por sus mejillas.

—¿Y tú...? —preguntó.

—Yo daría mi vida por ti. Nada has de temer.

Con voz firme, Yasmina tomó la decisión:

—Está bien, aguador. Pero debes prometerme que cuando yo quede encinta te apartarás de mí y nunca, ¡nunca!, lo contarás a nadie; ni a tu familia, ni a tu mejor amigo... ¡Nadie debe saberlo jamás!

—¡Sea como dices! —respondió Ahmed; y allí mismo trataron por primera vez de dar a Halim lo que él quería.

El otoño trajo la felicidad a la casa de Halim. ¡Yasmina estaba por fin embarazada! El anciano no cabía en sí de gozo. Como un loco corrió por la aljama vociferando la buena nueva a todo el que encontraba.

Con las primeras lluvias, Ahmed fue a casa de Halim para hablar del burro prestado.

—Vengo a devolverte el asno, según lo convenido. Si recuerdas, te dije que quizá podría comprarlo, y deseo saber cuánto pides por él, pues me ayuda mucho en el trabajo. He ahorrado algo...

—¿De cuánto dispones?

—Seis dírham de plata y algunos feluses. Es poco pero...

—Dame tres dírham y estamos en paz. La suerte me ha favorecido y debo ser generoso, según las enseñanzas del Profeta.

El aguador se retiró arrastrando los pasos; había cerrado un buen negocio pero se sentía triste. Ya no podría volver a encontrarse con Yasmina, respetando lo prometido. Estaba muy enamorado pero debía distanciarse y tratar de olvidarla, por lo que decidió ir a Montiya⁶ e instalarse allí.

Nació el pequeño Zafir entre bendiciones y festejos. Hasta la edad de dos años, como era costumbre, el niño apenas salía de entre las mujeres pero cuando comenzó a andar y a chapurrear lo suficiente, Halim le dedicaba mucho tiempo. Mas a medida que Zafir crecía, una gran inquietud crecía también en el anciano. Por insondables designios del destino, el pequeño se estaba convirtiendo en el vivo retrato de Ahmed. Halim miraba sus ojos ambarinos, el modo en que el cabello se rizaba sobre la frente, las facciones angulosas, y cada detalle le recordaba al que fuera su aguador. Una terrible sospecha anidó en él. De ser cierto lo que imaginaba, ¿qué sería del niño? ¿Debería arrancarlo de su lado y condenarlo a la ignominia? No sería capaz, pero ¿cómo ignorar lo que la naturaleza pregonaba a voces?

Nadima lo encontró una tarde cabizbajo en el rincón más umbrío del patio. Ella sabía por qué; lo supo antes que nadie. Se acercó a su esposo y trató de consolarlo:

—Alá te ha dado un hijo, no le des más vueltas. No sabes lo sensible que es una mujer preñada. Ve una fresa, ¡y el niño nace con una fresa en la nalga!, ¿no has oído hablar de ello? Ese hombre anduvo por aquí todo aquel verano, seguro que tu joven mujer lo vio y de ahí el parecido. No has de dudar de que el hijo es tuyo. Tú lo engendraste. Es un don de Alá...

Halim alzó la cara, miró a Nadima e hizo un intento de sonreír que quedó en una mueca triste.

⁶ Montilla

—¿Cómo puedes dudarlo? —insistió Nadima—. ¿Acaso quieres traer la desgracia a esta casa por una idea tan absurda y que a nadie beneficia? Agradece tu suerte y no seas egoísta...

El hombre asintió con la cabeza repetidamente, se arrodilló y elevó ambas manos hacia el cielo:

—¡Oh, Alá, el más grande!, cubre mis debilidades y sosiega mis temores. Te doy las gracias, Señor, por infundir en Nadima la sabiduría para hacerme entender tus designios. Afirmino que Zafir es carne de mi carne y sangre de mi sangre, y con estas manos aniquilaré a cualquiera que diga lo contrario. Ante ti lo prometo, y que no vea yo la luz del día si falto a mi palabra.

Pocos años después a Halim le llegó la hora de reunirse con sus antepasados. Todo el pueblo lamentó la pérdida pues había llegado a ser muy querido, sobre todo desde el nacimiento de su hijo, que lo convirtió en un hombre más afable y generoso.

Pasadas unas semanas, Nadima buscó a Yasmina para decirle:

—Ahora que nuestro amado esposo, que Alá tenga en el Paraíso, nos ha dejado, deberías buscar a alguien que cuide de la casa y nos traiga agua de la fuente, ¿no crees, Yasmina? Dicen que en Montiya hay buenos aguadores...

Una y mil noches (blog)

El amor en la boda del general

© Antonio Pacheco (Tigre)
cuentospretenciosos@hotmail.com

La novia se veía tan hermosa con su vestido blanco de cuento de hadas, cubierta por el velo bordado con perlas e hilos de oro, con sus cabellos rubios ondulados uno por uno para la ocasión, tan sonriente y muerta de felicidad que nadie hubiera esperado que al final del día estuviera muerta de la vida, sin una sola alma acompañando su cuerpo sin alma y condenada a ser enterrada en una fosa común.

Los ajetreos de la boda se iniciaron muy temprano en la casa a orillas de la playa. Ponían las mesas, las quitaban y luego las volvían a poner en distinto orden hasta que aquel desorden quedó al agrado de un hombre mal encarado, de voz grave y afectada. Las flores, las sillas, los músicos, los instrumentos de los músicos, las vajillas, todo iba y venía de un lado a otro con tan alocada rapidez que varios instrumentos musicales quedaron puestos en los floreros y algunos músicos comenzaron a ensayar con los sonidos de las copas y los tenedores.

El viejo general, ya retirado, conservaba todavía ese aire de sicario capaz de cortar la respiración de los soldados con solo escuchar sus pasos. Pero era un día tan especial el de su quinto matrimonio que decidió estrenar una de las pocas sonrisas sin pudrir, no de las otras, tanto tiempo guardadas y que de vez en cuando escapaban de su cuerpo convertidas en flatulencia o en eructo aunque sonaran a carcajadas. Salió a correr por la playa como todas las mañanas, porque una cosa era vivir amenazado por la apoplejía y otra muy distinta ser un viejo temeroso de amenazas. Regresó bañado en sudor y decidió tocar la ventana de la habitación donde su amada Jacqueline debía

ya de haber comenzado a acicalarse. La boda sería a las diez de la mañana.

Jacqueline bostezó, acariciándose la nalga derecha por encima del ligero de encaje blanco, antes de abrir las dos hojas de la ventana. Su cuerpo quedó abierto en cruz y sus pechos amalgamaron con la nariz del general. Este, apenas consiguió volver a respirar, le depositó un beso en una mejilla y ella primorosamente le ofreció la otra. Acordaron verse a las puertas de la iglesia y él se marchó trotando con la esperanza de que ella lo siguiera con la mirada. Y así lo hizo Jacqueline, aunque no con los ojos de admiración y amor que él esperaba, sino más bien con un dejo de resignación. Entonces, cuando el general hubo desaparecido y ella se disponía a cerrar la ventana para acariciarse la nalga izquierda y entrar a la ducha, lo vio.

A Jacqueline le pareció tan distinto al resto de los hombres que le encendió la lujuria y le nubló la razón. Era un moreno espigado, a punto de cumplir treinta pero con rostro de veintiuno, el corte de cabello militar y los brazos plenos de músculos labrados; llevaba el torso desnudo y su vientre era una cuadrícula morena que se tatuó en las pupilas de Jacqueline cuando el hombre levantó dos cajas de champaña. Ella cerró la ventana asustada por el fuego que le había calentado el cuerpo y los sentidos; pensó meterse en la ducha y empaparse de agua fría, pero desistió. Regresó sobre sus pasos y abrió la ventana para verlo otra vez: allí estaba, con los pulgares insertados en la pretina del pantalón, decidiendo si levantar dos cajas o tres al mismo tiempo. Entonces él la vio a ella.

Los músicos estaban ensayando cuando él la miró por primera vez. Sonó la voz del cantante:

*♪♪ I had a girl, Donna was her name.
Since she left me I've never been the same
'Cause I love my girl*

*Donna where can you be?*⁷ #♪

Vio los pechos grandiosos y erguidos, apenas cubiertos por un sostén blanco que permitía ver los pezones; su piel delicada, los cabellos dorados cayendo sobre los hombros, sus ojos azules, los labios rojos irresistibles. Fue hacia ella como si hubiera pronunciado su nombre. Jacqueline lo vio venir, tan decidido que pensó que lo había llamado y no supo qué inventar. El moreno escudriñó a través de la ventana. Ella se llevó una mano a los labios y la otra al vientre pero, aun así, dejó al descubierto el ombligo, la estrechez de su cintura, el contorno despiadado de sus caderas, el torneado de sus piernas... Él le dijo que no sabía si cargar las cajas de dos en dos o de tres en tres y ella le recomendó que de una en una, no se fueran a caer y se rompiera alguna botella de champaña. Él le dijo que era muy hermosa, ella le dijo que él también era muy apuesto. Ninguno entendió después qué era exactamente lo que decía el otro. El fuego en sus entrañas no permitía a la lengua concordar con la mente. A falta de más palabras, y sobre todo de tiempo, él le preguntó si podía verla después de la boda. Ella le respondió que sí, pero solo un ratito porque tenía que estar con el novio; ella era la novia. Yo soy el sobrino del novio, dijo él, como si todo lo demás no tuviera importancia alguna. Mucho gusto, el general me ha hablado de ti. También él me habló de ti; ¡mira que conocernos así...! Y ella se fue a la ducha sin recordar cómo se habían despedido. Él siguió cargando cajas de champaña sin olvidar que la vería después de la boda.

Que sí. Sí quiero, en la salud y en todo lo demás. Que las arras, que el anillo, que si el maldito beso del novio. Todo era como un molesto sueño para Jacqueline, que no veía el momento de que terminara la ceremonia ni dejaba de pensar en el torso del moreno del jardín artificial. Un sentimiento desconocido, que no intervino nunca en sus proyectos colmados de avaricia, la estaba ahogando en una

⁷ *Oh Donna*, de Ritchie Valens

rara mezcla de excitación y miedo de no volver a verla nunca más. El sobrino del general andaba en las mismas, envuelto en una fiebre animal y aturdido por el espasmo del amor que no avisa. Vio llegar a los novios, escuchó aplaudir a los invitados y la marcha nupcial con arreglos de violines y cantos de jilgueros, pero se alegró tanto de verla a ella que la imaginó como si fuese una más de las invitadas y no la protagonista de aquella boda. El general no tuvo inconveniente en que su sobrino lo dejara sin pareja y se internara con ella entre la gente que bailaba al compás de un tango, y se retrepó en su silla blanca arrepintiéndose de ir vestido con traje de gala militar porque le estorbaban las pistolas cargadas con balas de plata.

Consumidos en su lujuria y abrazados en el frenesí, la ahora esposa y el sobrino del general decidieron que los demás no existían, solo ellos, el mar y las notas del tango:

*Yo no sé si es cariño el que siento,
yo no sé si será una pasión,
solo sé que, al no verte, una pena
va rondando por mi corazón.*⁸

Sus dedos entrelazados, la mano de él recorriendo el cuerpo de ella, un giro. El velo se desprendió de los cabellos y voló por los aires hasta unirse a una bandada de gaviotas que se perdió en el horizonte. Sus labios apenas separados, sus ojos mirando sus ojos, dos giros. La inflexión de una pierna, otra vez sus ojos, sus alientos de brisa con sol. Y en aquel momento, cuando él debía levantarle una mano para hacerla girar, la atrajo hacia su pecho y sintió la tibieza de sus senos. Ella llevó la otra mano a la espalda de él y la deslizó por el azul de su camisa para después fundirse en un beso. El viento los hizo bailar porque ellos ya no hacían más que besarse y,

⁸ *Yo no sé qué me han hecho tus ojos*, de Francisco Canaro

dibujando círculos en la arena, los llevó a donde morían las olas; ahí siguieron labio a labio, alma con alma.

El general le apuntó a él y disparó una vez, otra, otra. Ahora ellos se habían mojado los pies y el general supo que, si no lo impedía, seguirían ese baile infinito sobre las aguas del mar. Entonces apuntó a la cabeza de ella y disparó una vez, otra y otra. Pero ellos no habían advertido que sus almas no estaban sujetas ya a sus cuerpos, y seguían meciéndose en las notas que no eran sólo música sino también luces de colores fantásticos.

El general —ajeno desde siempre y para siempre a esa sensación dueña absoluta de toda razón, tiempo y espacio— disparó enardecido sobre los dos cuerpos, que se derrumbaron por fin sobre una ola enfurecida. De la espuma, rabiosos como un huracán, surgieron dos haces de luz para fundirse en uno solo con las últimas notas de la melodía.

♪ *Tus ojos para mí serán la luz de mi camino
que con fe me guiarán
por un sendero de esperanzas y esplendor,
porque tus ojos son mi amor.*⁹ ♪

⁹ *Yo no sé qué me han hecho tus ojos*, de Francisco Canaro

Perspectiva

© *Belén Garrido Cuervo (Pepa)*

El autobús que tomo de vez en cuando para ir a casa de mi hija tiene una parada cerca de donde vivo pero, si no tengo prisa, prefiero dar un paseo hasta la terminal. Allí tengo más posibilidades de encontrar libres los asientos de la primera fila, al lado de la puerta de entrada. Me gusta contemplar el paisaje a través de la luna delantera y en verano, cuando amanece pronto y la neblina se disipa, puedo divisar el mar, allá en el horizonte. Aunque reconozco que por lo que verdaderamente me gusta ese sitio es porque desde él puedo observar, reposadas sobre el volante, las manos de la persona que conduce. Desde la posición que procuro ocupar no puedo apreciar sus facciones y solo veo con detalle las manos blancas asomando por la bocamanga del oscuro uniforme. La conducción por la autopista no parece exigirles demasiado y resbalan suavemente sobre el cuero sin esfuerzo alguno. La piel curtida, las venas perfiladas, los dedos siguiendo tranquilos la música de la radio me hacen pensar en el alma que podrían ponerle a una caricia.

Mi esposo tenía unas manos hermosas. La naturaleza le dotó de unos dedos largos, que el trabajo duro tornó anchos y fuertes. La palma, extensa y blanca como de mujer fina, se le volvió dura y callosa. Hace años que mi marido ha muerto y compruebo con desazón que el recuerdo de su rostro se desdibuja en mi mente y queda sustituido por la imagen de las fotos que tengo sobre la mesita de noche. Pero el de sus manos, no. Me desasosiega pensar que este revoltijo de recuerdos, lagunas y emociones sea el principio de alguna enfermedad. Me preocupa tener que guardarme este miedo dentro, pero lo cierto y descorazonador es que ya no me quedan oídos

cómplices y amigos. Imagino la cara de mi hija si le dijera que a veces siento por la noche las manos ásperas de su padre sobre la cintura. Los hijos, como los nietos, nos consideran seres asexuados. Y tienen algo de razón porque ellos nunca nos vieron como fuimos, sino como cuerpos que carecen de cualquier humor que no sea un intempestivo lagrimeo. Me cuesta creer que ya sea yo tan mayor y que todo haya llegado tan deprisa. Y que de esa mano sobre la cintura me quede tan solo la certeza de su peso y la terrible soledad que me provoca.

Hoy tarda en amanecer. Las manos que observo son inquietas, pierden el ritmo de la música y vuelven una y otra vez hacia la palanca de cambios sin motivo alguno, como si desconocieran la máquina que manejan. Las de mi esposo durante los primeros años fueron un poco como ellas, y mi cuerpo, como ese panel de mandos cuyos botones veo manosear sin orden ni sentido. Porque el cuerpo es una máquina cuyo manejo es preciso conocer y practicar. Aquellos hombres no contaban con más guía que el instinto y una sola instrucción, que aprendían entre las bromas de los amigotes. Eran hombres que no hablaban y, como nosotras tampoco lo hacíamos, las relaciones no se presentaban nada fáciles. Sus manos lo desconocían todo sobre los pliegues que encontraban en su camino, sobre sus resortes secretos, y eso las convertía en herramientas que era necesario calibrar. Las jóvenes de mi tiempo solíamos acallar nuestras frustraciones, aceptar las cosas sin cuestionarlas, simular que no sabíamos más de lo que estaba permitido, pero teníamos perfecto conocimiento de cómo funcionábamos; no en vano el deseo, como la tentación, existe desde que existen las manzanas. Pero un día me cansé de fingir y él no entendió que, estando deseosa de sentirlo todo cuando comenzaba a levantarme el camisón bajo las sábanas, acabara no sintiendo nada. Complicado fue que él comprendiera que sus manos eran el instrumento principal de mi placer y que aprendieran cómo y dónde debían tocar para que yo pudiera disfrutar en aquella cama de los dos. No fue fácil

atemperar la fuerza, pero tampoco lo fue tranquilizar la desconfianza en la mirada, el temor que produce perder la seguridad. En aquellos tiempos de mi juventud no se tambaleaba la autoestima de un hombre sin pagar un precio. Y me pregunto por qué algo natural y placentero como lo es el sexo era objeto de tanta incompreensión.

Las más de las veces los viejos acabamos siendo seres invisibles dentro de la familia. Nuestros silencios se confunden con ausencias y la vida de las personas que nos rodean se desarrolla como si no existiéramos. Eso me permite conocer con detalle la marejada que me ocultan.

A través de la ventanilla el paisaje se ha convertido en una sucesión de puntos de luz y cierro los ojos. Durante un momento puedo imaginar que no estoy aquí sino viajando por otra carretera sumida en la oscuridad y que soy treinta años más joven. Y siento rabia al pensar en lo poco que han cambiado las cosas aunque parezca lo contrario y me pregunto dónde está lo que hemos aprendido, que no logra aliviar los lastres que arrastramos. Recuerdo perfectamente aquellas manos que guiaban el autobús por un país extranjero. La noche hacía que se desarrollaran en una zona de claroscuros y la piel se enriquecía con una gran variedad de tonos y relieves. Era la primera vez que salía de España. Tener a una de mis hijas recién casada en Francia me proporcionó una ocasión inmejorable. Preparé el viaje con unas amigas que estaban tan ansiosas como yo por conocer aquella ciudad que con respecto a la nuestra llevaba años de adelanto. Lo cierto es que todo resultó novedad para nosotras, desde el viaje en avión hasta un simple paseo por una ciudad que en nada se parecía a la pequeña villa de la que procedíamos y de la que nunca habíamos salido. Debo reconocer que coger el metro, saber que nos movíamos por debajo de los edificios y de la gente y de las plazas, fue mucho más impactante que visitar El Louvre y ver unos cuadros oscuros, enormes, algunos tan parecidos a los de la iglesia de nuestra ciudad. Hacía frío y observábamos con deleite que, pese a ello, las

mujeres iban vestidas con alegres colores. La lluvia no impedía que calzaran brillantes zapatos de charol. Como si hicieran lo que realmente querían al margen de los convencionalismos que a nosotras nos imponía hasta la meteorología. E imaginábamos que hablar, pedir o desear sería para ellas algo tan natural como caminar descalzas.

Yo creía que habíamos cambiado mucho desde entonces, pero la profunda turbación que observo en mi hija me hace dudar. En casa la oigo hablar con su marido del problema. Sé que se refiere a mi nieto y el sigilo y disgusto que ella manifiesta hace que me pregunte en qué siglo del pasado nos hemos detenido. Abro los ojos, dejo resbalar la mirada por las manos que guían el volante y recuerdo la emoción de aquel otro viaje por la campiña de Francia. Aquella excitación animada por el poquito de alcohol, por las risas, las confidencias, la distancia. Mientras el autobús avanzaba, no podía apartar la mirada de aquellas manos fuertes que tenían el poder de llevarnos a nuestro destino. El calor humano empañaba los cristales y multiplicaba mi sofoco. Imaginé que aquellas manos que observaba desde mi asiento se metían debajo de la falda; la imaginación, madre de todas las excitaciones, las animó a subir partiendo de las rodillas y quise que me rozaran con aquel tacto leve y reposado que observaba en la tarea que hacían. Aunque mi cuerpo sea incapaz hoy de sentir el cosquilleo en los riñones y de mover con ritmo la cadera, la cabeza aún recuerda con detalle aquella efervescencia. Al llegar al final del trayecto me sacudí la frustración del deseo insatisfecho y me puse a recoger los paquetes colocados en el portaequipajes situado encima de los asientos. Recuerdo que uno de ellos se atascó en la estrecha abertura. Los pasajeros esperaban pacientes a que terminara la operación y fue entonces cuando las manos con las que había fabulado durante el viaje se pusieron junto a las mías para intentar ayudarme. Aún siento junto a la mejilla la respiración que avivó durante un instante el rescoldo del deseo y la tibieza de nuestras pieles al rozarse en el empeño de aquella tarea común. Protegido por la

mampara y al abrigo de la oscuridad, desde mi asiento no había llegado a ver el rostro de aquella persona con cuyas manos había imaginado mil caricias y, al girarme para conocerlo, me encontré con el de una mujer.

Desde entonces me pregunto quién sería capaz de adivinar a ciegas el sexo de la mano que le hace estremecer. Desde aquella experiencia íntima vivida con la imaginación, me pregunto muchas cosas. Si cerrara los ojos y fuera capaz de entregarme al placer sin prejuicios, ¿quién sería capaz de proporcionármelo en mayor medida, un hombre, una mujer...? Cabría especular con la idea de quién atinaría mejor con el sentir de mi cuerpo sin conocerlo antes. Yo hago una apuesta segura y algo susurra dentro de mí que solo los que carezcan de imaginación podrían tirar la primera piedra. Veo a mi hija atribulada y daría algo por que pudiéramos conversar. La he tanteado con esperanza, pero me ha dicho que no me preocupe y, mirándome como se mira a un niño, he sentido su conmiseración. No imagina que este mueble antiguo sabe de sobra de la homosexualidad de su nieto y que lo que verdaderamente le apena es la turbación de su hija. Porque, aunque la oscuridad impida verlo, sé que allá en el horizonte está el mar laborando tercamente para sembrar la costa de piedras. Y porque existen manos que desconocen qué hacer con sus caricias.

Desbabaya sin miedo (blog)

Torturas

© Regina Vargas (joyqueen02)
ubedavargas@gmail.com

Oigo los pasos de los guardias. ¿A quién se llevarán esta vez? ¿Regresará? ¿O echarán su cuerpo al tigre? Debe llevar varios días sin comer, según los rugidos que retumban en el calabozo. Tiemblo. Están a dos celdas. Se llevan a Juan, mi compañero. Quiero llorar pero no puedo. Tengo miedo de que si lloro me quebrante y no pueda seguir. El nudo que se hace en la garganta me quita la respiración. ¿Qué hora es? ¿En qué fecha estamos? Traté de llevar la cuenta pero me he desmayado tantas veces que es imposible saberlo. Cierro los ojos sólo porque sí. De igual manera no puedo ver nada. Recuerdo tu sonrisa y la luz de tus ojos. Tu voz dulce cuando me pedías ir a dormir mientras yo te decía que me dieras un tiempo más, los compañeros esperaban el comunicado y necesitaba terminarlo.

¡Qué tonto que fui! Alguien más podría haber escrito ése o cualquier otro pronunciamiento, pero a vos, a vos, ¿quién te mimará ahora, mi bella princesa? ¡El tigre ruge! ¡Le han llevado a Juan!

Tu sonrisa.
Tus ojos.
Tu piel.
Tus besos... tus besos.
El tigre.... Se han llevado a Juan.

Despierto. No puedo moverme. Creo que me han quebrado todos los huesos otra vez. Quiero abrir los ojos o quizás los tengo abiertos y esta oscuridad impenetrable no me deja saber si me los han arrancado o no. Quieren que delate a mis compañeros pero yo no puedo hacerlo. No podría poner la vida de ellos en sus manos. Mejor que

muera uno a que mueran muchos.... Trato de soportar aferrado a tu recuerdo. La ilusión que mi lucha te dará un futuro mejor a vos, a mi país, me sostiene. Sueño con mis hijos. Una niña y un niño. Ambos tendrán tu sonrisa y tus ojos, porque nada es imposible, se verán como vos, así bellos. Correrán en un parque sin miedo al haber libertad. El tirano sólo será un recuerdo con matices de leyenda urbana. Me asgo a la esperanza de ello.

Sangro. No sé de dónde. Me arrancaron las uñas. Una cada vez que me negué a pronunciar un nombre. Quiero decirte que lo soporté con dignidad, con la fiereza de un guerrero. No me quebrantarán fácilmente. Te pienso. Si no fuera por el recuerdo de tu rostro, hubiera muerto hace tiempo. Repaso tus facciones mientras me hacen escuchar los gritos de los prisioneros al ser devorados por el tigre. Mantenme vivo, mi amor.

Se aproximan nuevamente. Reconozco los pasos del violador. Escupí a su cara varias veces. Me quebró la mandíbula pero no me importa. Me aferro a la esperanza. Sueño con ella... tu risa, tus ojos, tu piel, tus besos... mi país.... Vos.... Sólo vos.

La celda es tan pequeña que no alcanzo de pie pero tampoco puedo sentarme. En cuclillas permanezco hasta que no siento mis piernas. Es la celda de castigo, la que llaman "la chiquita." No entendí bien qué me hizo merecedor del castigo pero creo que es mejor que las sesiones de golpes o de electrochoques. Te extraño. Razón de mi vida. El dolor de no tenerte es más fuerte que los choques eléctricos. ¿Cómo pude ser tan ciego? Lo tenía todo teniéndote a vos, pero yo quería un país sin dictadura y ahora la dictadura me tiene a mí, te tiene a vos y yo, yo no tengo nada.

Me arrastran. No puedo levantarme. Las aguas frías de la pileta me hacen tiritar, es la única reacción que pueden tener de mi cuerpo cansado.

Diez, nueve, ocho, siete... dentro de poco me sacarán, cuando calculen que ya no puedo aguantar más sin respirar... seis, cinco, cuatro... ¡Estoy afuera! ¡Maldito reflejo que me hace tomar aire en cuanto puedo!

¿Y si digo cualquier cosa? No tiene que ser verdad. ¿Y si invento nombres y lugares?

No. Será peor cuando lo descubran.

Sus carcajadas me ensordecen. Me pregunto por qué no soy buen candidato para comida del tigre. Seguro que los divierte más ver mis gestos de dolor mal disimulado. Si tan solo pudiera llorar y gritar como mis compañeros. El dolor me consume.... ¿es dolor lo que siento? Tu sonrisa, tu voz... quiero verte y luego morir en paz.

o o o

Despierto. Veo tu cara, plácida y en solaz. Me doy vuelta en la cama y comprendo que nunca seré feliz. Hice lo que hice sólo por tenerte a vos, mi mundo. ¿Quién diría que mi conciencia sería peor verdugo que los verdugos del dictador.

De culos y de hombres

© Quercia

Llega un momento en que los tipos de más de cuarenta, antes o después, pierden el culo, incluso aquellos que nunca lo han tenido.

No los soporto. Lo malo es que, con mi edad, es difícil optar por tipos más jóvenes. Por lo menos podrían disimular esa pérdida con unos pantalones bien cortados, varias sesiones semanales en el gimnasio o una buena cirugía.

Mi cabreo lo ha terminado de rematar el tipo que he visto en la esquina del kiosco esta mañana. Los vaqueros, apenas apoyados en sus caderas, le caían flojos por detrás. La mano derecha amasaba sin descanso el trasero prieto de una rubia escultural. Rubia natural desde luego no era. Joven, tampoco. Pero escultural, sí, con esa rotundidad de las mujeres rusas. Y dos palmos más alta que él, por cierto.

El tipo me ha mirado con descaro y una sonrisa sin dientes. Sólo uno, marrón, se clavaba lascivo en su labio inferior. He contenido una arcada empujándola hacia dentro con la mano y me he largado a casa. Mis mejores zapatos de tacón, todos los sujetadores con relleno que tengo y un montón de maquillajes caros han volado por la ventana. Después, con la cara lavada, mis deportivas más cómodas y una cola alta, he salido de casa, pensando que el mejor modo de recuperar mi vida era desempolvar la bicicleta.

Llueve. Mi pelo va empapándose poco a poco y eso hace que me sienta mejor por momentos. De pronto me cruzo con él. Es un tipo de los que a mí me gustan, no puedo evitarlo, un tipo raro. Él también monta una bicicleta, pero no se moja. Lleva un paraguas en la mano y

se apoya en un sillín forrado con una bolsa de plástico. Llueve demasiado y el tipo, que adivino sin culo —para eso soy infalible—, va sentado sobre ella.

Cuando nos cruzamos, me mira tan sorprendido como yo a él y me conmueve su mirada de pájaro enternecido. Dejamos las bicis en la puerta de la biblioteca y entramos casi a la vez. He decidido descubrirle sin que se dé cuenta. Me apasiona conocer a la gente a través de sus gustos literarios. Cuando creo que está a punto de alcanzar la C de Carver, o incluso la de Cheever, hace un quiebro hacia la B. Bueno, quizás no sea tan malo, quizás busque a Benedetti. Pues no. Coge uno de Jorge Bucay. Eso sí que no lo esperaba. Decido darle una segunda oportunidad. Se dirige hacia la L y pienso: Lispector, ojala, no podría creerlo. Pero no, regatea de nuevo hacia la C, no de Cheever, no de Carver, sí de Coelho, Paulo. Nada. Mi gozo en un pozo, como diría mi madre. A todo esto, estoy en lo cierto. El tipo no tiene culo y lleva el pantalón amarrado bajo los sobacos con un cinturón ancho, haciendo un montón de pliegues raros, como si fuera un saco. Adelgazar; ha debido adelgazar hace poco. Quizás es que le ha dejado su mujer por otro, porque ponerse a dieta a esta edad es muy raro. Y novia no, novia no tiene. Si la tuviera no llevaría esos vaqueros. Entonces se da la vuelta y me mira. No, no es a mí. Su mirada va más allá. La veo. Es rubia, guapa y mucho más joven que la rusa. Le sonrío y él se convierte en el hombre más guapo del mundo. Me entra un frío tremendo. Estoy calada hasta los huesos y el pelo, pegado al cráneo como un casco, me chorrea por la espalda. Suelto la coleta y agito la melena negra y empapada.

Están a punto de cerrar la biblioteca. Veo pasar un montón de hombres sin culo: hombres marrones, hombres verdes, hombres azules. Parece que sólo haya hombres de más de cuarenta.

Cuando estoy a punto de marcharme, perdidas todas las esperanzas, me siento observada. Apoyado en la columna del fondo, un tipo cincuentón, vestido con vaqueros y camiseta blanca, efectivamente me mira. Y lo hace de un

modo que en ese momento me impide fijarme en sus ojos azules. Lo único que deseo es que tenga un buen culo y que lo pierda por mí. Se acerca despacio, clavándome los ojos. Ha dejado su culo pegado —yo sé que para siempre— a la columna blanca.

Serafín

© *Mario Archundia (pesado67)*
chimalhuan2002@yahoo.com.mx

Nunca entendí cómo diablos estaba yo allí, o más bien cómo caí exactamente por estos rumbos de Iztapalapa, aunque no era raro, ya pensándolo más detenidamente; siempre he tenido una extraña coincidencia para toparme con situaciones inverosímiles, cómicas. Por bocón, o por el simple cruce de un camino y otro.

La verdad, como que en ocasiones me acostumbraba y en otras como esta me punzaban la rabia e impotencia; ya eran las nueve de la noche yo seguía camina que camina, sin ver a nadie más a mi alrededor, quiero decir personas, casas, luces o cualquier cosa por el estilo; sólo, a lo lejos, un gran fulgor amarillo, sin duda la ciudad. Las últimas gentes que se atravesaron en mi andar me habían dicho: «¡Ah! Mire, siga así derecho y como a veinte o veinticinco minutos se encontrará la avenida Iztapalapa, por ahí llegará a la Cárcel de Hombres y adelante como a otros veinte o veinticinco minutos está el metro de Santa Martha».

Ya llevaba como dos horas y nada, ni ermita, ni cárcel, ni menos aún metro, y lo más raro del caso es que me sentía ascender, como si el terreno ya no fuera plano sino cuesta arriba. Quise regresar pero no tenía mucho caso, otras veces lo he intentado y creo que fue peor; vi a lo lejos una torre metálica, de ésas enormes que transportan energía eléctrica. «Vaya, al menos creo que, si la sigo, pronto llegaré a un poblado. Qué frío hace. ¡Caramba!, ya son más de las nueve y media. ¡Chihuahua, qué voy a decir en casa, con lo celosa que es la Martina! Pensará que me fui de loco, ya mero va a creer que me perdí. Si ni yo

mismo lo creo. Qué mala pata, por qué me pasan estas cosas a mí. En fin, ni modo». Apreté con fuerza los veinte pesos guardados en el bolsillo del pantalón.

«¡Cómo quisiera estar ya en mi camita, después de cenar, y un buen arrumaco con la Martina! Me quiere de reharto, y yo a ella, sólo que esta miseria nos ahoga, nos mata. Pobrecita, aún recuerdo el día que decidió irse a vivir conmigo, no hubo ni boda, ni fiesta, nada. Sólo promesas, pero no se queja, no dice nada, al contrario, parece feliz, contenta, como si poco le preocupara. Algún día, chaparrita, algún día te daré todo lo que te mereces. ¡Chihuahua! No puede ser, hasta aquí llegan las dichosas torres. Y ahora ¿por dónde? No queda otra que caminar y seguir caminando. Son ya las once en punto, cada vez me pesa más la mochila en el hombro, tengo hambre y definitivamente estoy subiendo».

Un vientecillo frío alborotaba mis pelos tiesos, entraba por mis poros y anidaba en mi alma. Hasta unos minutos antes podía oír unos ladridos lejanos, después ya ni eso. Pequeños relámpagos cruzaban mi cielo negro. «Si lo pienso bien, tal vez me convenga subir hasta mero arriba; ¿quién quita que desde allí ubique mejor la ciudad? Sí, eso es». Sin mejor alternativa aceleré el paso; pequeños matorrales, árboles enanos iban y venían en un errático andar. Pronto serían las doce. Detuve por un momento mi marcha. «¿Y si de plano mejor aquí me quedo?, quiero decir: paso la noche; total, ¿qué me puede pasar...? Pero no. ¿Y la Martina? Bien que la conozco, ha de estar preocupada, con lo que me quiere, si hasta ya ha de haber hablado al trabajo; pero ¿quién va a contestar, si es tardísimo? ¡No, no! Tengo que ir a casa, ha de estar bien afligida: No; si es tan capaz de ir a los hospitales. Tengo que ir ya. En cuanto vea un teléfono, aviso. Pero ¿a quién? ¡Cómo me hago bolas! El vientecillo refresca el sudor que se asoma a mi piel, ya falta poco para llegar hasta merito arriba, pero mis pies se han cansado, ya no puedo dar ni un paso más. Algo llega a mi olfato, huelo a ceniza, a quemado. Pero ¿hasta acá? Se hace más penetrante el olor

a la leña quemada. No veo la lumbre, sólo me guío por el olor a incienso perfumado. Titubeo cuando a pocos metros de mí vislumbro una fogatilla naranja; pequeñas lenguas de ese color se alzan al cielo en vano intento de alcanzarlo. Camino un poco más y me detengo abruptamente. Frente a la lumbreira, de espaldas a mí, la figura sentada de una persona se frota las manos y se inclina con elasticidad hacia el fuego». No había nadie más, sólo esa persona sentada. A su lado, un morral, o algo así, descansaba; eso era todo.

Pensé en muchas posibilidades, bien podía caminar hacia los lados y rodear al sujeto, bien podía acercarme y pedir informes: Pero ¿y si fuera un maleante, un drogadicto? ¿O, peor aún, un asesino? Miré hacia atrás. Sólo oscuridad y frío. Miré el reloj: las dos de la mañana. Volvía a no tener alternativa, avancé hacia el personaje desconocido. Aún no había llegado hasta donde estaba, cuando lo escuché por primera vez:

—Acércate, Serafín. —Un frío maldito recorrió de pies a cabeza todo mi ser.

—¿Quién es usted?

—Te esperaba, Serafín. Siéntate, hace frío.

—¿Quién es usted? —volví a preguntar. Ahora el hombre estaba a la izquierda, casi no lo veía, casi estaba encogido. Por falta de luz aún más negro parecía.

—Siéntate, Serafín. —Su voz fue de mandato, de orden, no pude negarme. Me senté en el suelo; las chispas brincaban indecisas. Mi pensamiento iba montado en el tiempo—. Ya es tarde, ¿verdad, Serafín?

—Un poco, señor... ¿quién es usted? ¿Qué hace aquí? ¿Dónde estamos?

—Son muchas preguntas, Serafín. Con paciencia, con mucha paciencia.

Pensé que si volvía a preguntar lo mismo, igual pasaría: no habría respuestas. Él continuó:

—Serafín, tú estás aquí y lo demás sólo son intrascendencias. El centro de las cosas está aquí, en medio del fuego. Arriba, el infinito rodea lo que tú llamas mundo, ese mundo que gira de izquierda a derecha. Todos

caminan por una vereda llena de accidentes, de caminos sinuosos; nunca rectos. Simples o complejos, de eso depende cada concepción que se desprenda del hombre. Inclusive hay personas que viven y mueren sin pisar y por tanto no dejan huella tras de sí.

Pensé en la Martina. ¿Qué estaría haciendo?.

—¡Toma! —Algo sacó de su morral. Me lo dio y lo tomé. Automáticamente me lo llevé a la boca, lo probé, sin saber qué era, lo tragué y sabía delicioso. Exquisito.

—¿Qué es? —Quise saber.

—Serafín, sólo cómetelo. Ten.

Me dio ahora una botellita pequeña; igual sin preguntar lo bebí. Un licor embriagante; al momento un delicado ardor llenó mi estomago. Ya nada me preocupó.

—Serafín, tú no eres un hombre ordinario. Eres único

—¿Por qué dice esas cosas, señor?

—Serafín, sólo estamos tú y yo, puedes hablarme con toda franqueza; yo no juzgo, no puedo juzgar, se me ha vedado todo intento por ser árbitro o ser juez.

—Usted parece una persona muy importante; muy seria.

—Serafín, sólo porque sacié tu hambre y tu sed crees todo eso. ¿Qué dirías si te diera el futuro que tanto anhelas?

—Si le preguntara quién es, ¿me lo diría?

—Serafín, las palabras son ropas que estorban, ¿entiendes?

—¡Cómo voy a entender!, estoy perdido en la nada... Tan igual como usted.

—Serafín, te confundes, es lógico, sólo eres un hombre. Yo no me pierdo; sé dónde estoy y con quién hablo. Ahora hablo con Serafín Hernández, un hombre de treinta y cinco años que desde hace dos vive sin casarse con Martina Juárez, siete años menor. Que desde entonces trabaja incansablemente; cada peso, cada centavo lo exprime, lo estira hasta no poder más. Vive oprimido, viendo de lejos eso que anhela; eso que le gusta pero que nunca será suyo. A menos que suceda un milagro. ¿Crees en los milagros, Serafín?

—Me conoce bien, señor.

—¿Te conoces tú, Serafín? ¿Te conoces? ¿Sabes de lo que eres capaz y de lo que no lo eres? Ahora soy yo el que hace muchas preguntas. Olvídalo.

—Señor, es tu fuego, pregúntame todo lo que quieras.

—Serafín, ustedes los hombres me tienen por un ser horroroso, mezquino, cruel y tantas ideas más. Nada de lo que realmente soy.

—¿Yo qué podría decirle, señor? Bien lo ha dicho: sólo soy un simple hombre.

—Serafín, para mí eres muy especial. Eres tan simple, tan sencillo... nada complicado. Tus preocupaciones son así de chiquitas; como el polvo que levanta el viento. No te ofendas, amigo, al contrario, eres afortunado; tus decisiones sólo te atañen a ti. La Humanidad está a salvo de tu proceder. Eres tan inofensivo...

—No, señor, no me ofende. Tanta gente me ofende que, la verdad, otro, ¡qué más da!

—Serafín, mi pobre Serafín, es cierto: eres tan sensible que cualquiera abusa de tu bondad, de esa alma buena que tienes dentro de ti. Las almas... ¿cuánto crees que valga un alma, Serafín?

—No lo sé, señor, ni siquiera sé si existen las almas.

—Existen, Serafín, son el motor que mueve el mundo; el porqué de nuestro encuentro. La tradición de antiguo es que a cambio de un alma puedo dar todo lo que me pidan ¿Crees tú eso, Serafín? ¿Lo crees?

—Si así fuera, señor, sería un mundo maravilloso; lleno de felicidad, a gusto. Bonito, muy bonito.

—¿Por qué, Serafín? ¿Por qué dices que sería bonito?

—Señor, ¿qué cosa mejor pediría uno sino la completa felicidad de los demás?

—Eres bueno Serafín, no cabe duda, no me equivoqué contigo. ¿Pero dime, Serafín, qué quieres de mí?

—Señor, ¡qué podría pedir! Cosas sin valor, nada importantes.

—¿Te parece poco importante darle una mejor vida a tu mujer? ¿No te gustaría casarte con ella? Pero en verdad,

con fiesta, vestidos, buena comida y buena bebida; con todos tus familiares y amigos ¿No te gustaría, Serafín?

—Señor, perdone si le parezco necio pero nunca he tenido problemas por vivir así como vivo. No sé, casi toda la gente que conozco se contenta con lo que tiene.

—Una cena opípara, ¿quieres, Serafín? Un pollo bien frito, unas papas doraditas, crujientes; un refresco frío de cola, de esos que pican tu garganta y tu panza. Para después jugar con tu mujer, con esa linda mujer que tanto te quiere, que tanto espera de ti. ¿No quisieras, Serafín?

—Ella me ama, no sé qué tanto, pero me ama. Y yo a ella.

—Serafín, el amor es un lindo sentimiento humano pero se acaba con el otoño de los años. ¿Te has puesto a pensar si ella se cansará de tanta pobreza y se marchará para siempre?

—Yo, señor, ¿qué puedo hacer? Ni yo estoy seguro de que lo que siento pueda ser duradero.

—Serafín, dentro de diez años, cuando tengas cuarenta y cinco exactamente, tendrás un estómago prominente, poco pelo, tus pies seguirán oliendo tan desagradable como hasta hoy, tres niños te hostigarán con la misma cantaleta que tanto odiarás: «Papá, dame; papá, dame», y tu frágil Martina será una vieja gorda, apestando a cebolla, más celosa y puntillosa. Nada bueno hay en tu futuro, Serafín, nada bueno.

—Señor, ¿por qué me dice estas cosas? Nada cambiará, al contrario, ello me evita la pena de andar sin dirección como en este momento.

—Serafín, me sorprendes en verdad; sé que eres sincero, sin tacha de vanidad. Tu pretensión es vivir; nada más. Sólo que si tú quisieras tener más, yo te lo daría a cambio de algo que tú posees y yo no...

—Señor, te equivocas, no tengo nada, tú lo tienes todo. Tienes la lumbre, el pan, el vino. El tiempo. Todo lo tienes.

—Serafín, ¡qué cosas dices! No eres sabio, tal vez un poco inteligente pero no sabio. Eso es bueno, la sabiduría

es falsa vanagloria para los sujetos que fingen demencia, locura senil de unos cuantos sobre muchos. Se hace tarde, Serafín y, créeme, fue un placer el encontrarte. Pocas personas guardan la compostura ante mis palabras y cuando, de pedir se trata, piden cosas tan absurdas que terminan odiándose con más fuerza; eso no es culpa mía. Los hombres lo aprenden de generación en generación. Mal de años. He de despedirme...

—Señor, ¿te vas?

—No. Te vas tú, Serafín. Te esperan en tu casa una buena mujer que te ama y un futuro incierto. Mil peripecias antes de cruzar el umbral al que tu especie está condenada.

—Y tú ¿adónde irás?

—Serafín, te agradezco que te intereses por mí, el poder que poseo, mi poder, me hace el ser más solo que puedas imaginar. Tu amistad me haría mucho bien.

—Señor, ¿yo qué soy? Simple criatura de un caos.

—Serafín, tienes razón. Sea así. Solo deseo que seas feliz con lo que tienes, nada más.

—Gracias, señor.

—Observa bien, Serafín, cuando la última flama de esta fogata se extinga, será como si nunca nos hubiéramos visto. Entre tantas cosas, tengo la facultad de jugar con el tiempo; no de alterarlo, sólo de atrasar o adelantar a mi antojo. Camina hacia allá, hacia donde ibas al principio.

—Señor, ¿cómo sabré si se apaga la lumbrera?

—¡No te digo!, eres muy observador. No importa, Serafín, de todos modos me has caído bien; me agrada encontrar gente como tú. Ya es el momento. Anda, ve de una buena vez.

Caminé hacia donde me indicó. Cuando ya no percibí el humo de la lumbrera volví la vista hacia los restos donde pensé que aún estaría, pero ya no estaba. Empecé a caminar cuesta abajo, sin saber cómo di con la avenida Ermita Iztapalapa, más allá unas torres vigía me indicaban una señal: desbordado de muchedumbre el popular metro. Mire el reloj, marcaba las siete de la tarde, en mi bolso aún

tenía los veinte pesos, en mi paladar el sabroso manjar de un guiso y el amargo dulzor de un buen vino.

Llegaría temprano a estrechar a mi Martina, y todo gracias a mi buen amigo el Diablo.

Blog del autor

Revista ARTE - FACTO en FaceBook

La muerte sabe a chocolate y amaranto

© Ricardo Durán (Coloso)

El tiempo parece no afectar las creencias y tradiciones de San Andrés Mixquic, donde se puede ver la mayor concentración de ofrendas en todo México.

A unas cuantas horas para la celebración del día de muertos, me propuse investigar qué pensaban los lugareños acerca de la muerte, y si había algo en particular a lo que temieran durante las festividades del 1 y 2 de noviembre.

—¿Hay algo que te dé miedo en estos días? —pregunté a uno de los niños del pueblo.

—¡El Chupacabras¹⁰! —dijo, abriendo unos grandes ojos—. Mi mamá lo vio colgando de un árbol el año pasado. Mató a Palomito, mi becerrito. El pobre amaneció sin una gota de sangre.

Poco después encontré a un viejo conocido y le pregunté:

—¿Es cierto que el Chupacabras ha estado en Mixquic, don Miguel?

—El Chupacabras, no. La Llorona¹¹, tal vez —dijo en tono burlón—. A lo mejor don Enrique te puede sacar de la duda.

—¿Quién es don Enrique y dónde puedo encontrarlo?

—Es el sepulturero. A estas horas debe estar en el cementerio, junto a la iglesia. Ve antes de que anochezca, antes de que empiecen los cantos, los rezos y la vendimia.

¹⁰ Criatura mítica en México y Puerto Rico que se dice que ataca al ganado y bebe su sangre.

¹¹ Espectro del folclore hispanoamericano que, según la tradición oral, se presenta como el alma en pena de una mujer que asesinó o perdió a sus hijos y los busca, llorando.

La gente —me explicó don Miguel— tiene por costumbre llevar flores, comida, y veladoras al cementerio, y pasan la noche entera entre rezos y cantos. A la flor de sempasúchil se le quitan los pétalos para formar un camino hacia los altares. Estos son adornados con objetos que disfrutaban en vida los difuntos, y nadie toca los alimentos destinados al altar, al menos durante esa noche, pues se supone que la ánimas vienen a degustar su esencia. Algunas personas dicen que la comida incluso pierde su sabor una vez que los muertos se han alimentado durante esa celebración anual.

La iglesia no estaba lejos, pero resultaba difícil caminar entre tanta gente. Varios puestos de comida ya habían abierto. El ambiente invitaba a disfrutar, más que a temer. Mantel de papel picado¹² de brillantes colores adornaban las mesas repletas de platillos varios: mole, calabaza en dulce, pan de muerto¹³, calaveritas de azúcar y otras tentaciones.

Encontré a don Enrique saliendo de la iglesia, llevando un gran ramo de flor de sempasúchil para la ofrenda de su casa.

—Don Enrique, ¿usted sabe si se ha visto al Chupacabras o a la Llorona en Mixquic?

—¡Esas son puras habladas! A la que sí se ha visto muy seguido es a Martita.

—¿Quién es Martita, don Enrique?

—La historia de Martita es muy vieja y poco conocida. Data del virreinato.

—Cuénteme acerca de Martita.

¹² Producto artesanal ornamental de papel que se trabaja en México y sirve para decorar festividades de todo el país, sobre todo en la región central.

¹³ Bollo propio de la fiesta de difuntos, que simula un cráneo.

—Martita era la hija de un español y una indígena mexicana —explicó muy ufano—. Ven y te lo cuento todo mientras nos echamos un atolito¹⁴. Hace frío, ¿no?

La sala de la casa de don Enrique tenía un altar gigantesco, con las consabidas fotos de difuntos y calaveritas, en su mayoría hechas a base de chocolate. Cada una de ellas llevaba en la frente una tira de papel con el nombre del muertito. Era notable que el chocolate no se fundiera con tanta veladora encendida.

—¡Es magia! —susurró don Enrique, como adivinando mis pensamientos.

—No la amuele, don, no me asuste —dije bromeando. Se decía que el viejo sepulturero era bien conocido en el pueblo de Mixquic por su gentileza y buen corazón, pero también por su habilidad para leer los pensamientos y para contactar con los muertos. Una leyenda más, me dije.

El don salió de la cocina con dos jarritos de champurrado¹⁵ y pan tostado.

—Si te gusta el dulce agárrate una ruedita de amaranto¹⁶ del altar, verás qué buena está.

—Pero pensé que...

—¿Que no se come lo del altar hasta mañana? —preguntó sonriente—. Al rato pasa Martita a servirse, pero ni creas que le gusta comer sola...

Inconscientemente me llevé la mano al nudo de la corbata y lo aflojé un poco.

—No te aflijas. Es una noche despejada y de estrellas que titilan en el cielo —dijo mientras corría la cortina.

—Eso veo —respondí.

—Bien. Hubo un tiempo en que Martita pensó que las estrellas eran diamantes y le pidió a su madre un collar de las más brillantes. Ella respondió: «Tu padre que está

¹⁴ Atole: bebida prehispánica a base de maíz cocido, agua y especias aromáticas que se toma muy caliente.

¹⁵ Atole de chocolate, con leche o agua.

¹⁶ Semillas de la planta del mismo nombre, que se utilizan en pastelería mezcladas con miel.

cerca de las estrellas tal vez te traiga un collar en el aniversario de su muerte». Martita, entusiasmada, se subió en su canoa y se fue a atrapar un ajolote.

—¿Qué es un ajolote, don Enrique?

—Es un animal anfibio con cara de monstruo. Martita vivía en la zona lacustre de Xochimilco, donde todavía son comunes.

—¿Para qué quería Martita un ajolote?

—Cuenta la leyenda que el dios Xólotl se transformó en ajolote para esconderse de la furia y el castigo de dioses más poderosos, y otros dicen que se volvió perro. De cualquier manera, dicen que Xólotl guiaba las almas de los muertos, y Martita creía que un ajolote ayudaría a su padre a regresar a casa; con su collar, claro.

—¿Qué sucedió después, don Enrique?

—Pues que el collar nunca llegó, obvio. Y la madre de Martita quiso redimirse haciendo un dulce de chocolate y amaranto, que a su hija le encantaba. Solo que en ese tiempo te mataban si tenías amaranto almacenado. La niña encontró el cuerpo de su madre junto al lago, y en su desesperación, se tiró al agua tras un ajolote y se ahogó.

—¿Y cómo sabe que Martita ha andado por aquí, en Mixquic?

—Porque anda con la ropa toda mojada, y un ajolote en sus manos.

—¡Vaya! —dije—. Oiga, don Enrique, le acepto el dulce de amaranto que me ofreció.

—Claro, agarra lo que quieras.

Al levantarme sentí resbaloso el piso y un pedazo de tela mojada acarició mi rostro justo en el momento que noté que, en lugar de mesa, la ofrenda estaba sobre una especie de barca tallada en madera y, en ella, una enorme calavera de chocolate y amaranto con un nombre familiar en la frente.

—Es la trajinera¹⁷ de Martita —dijo.

¹⁷ Embarcación para el transporte de 10 a 25 personas y uso en aguas tranquilas y poco profundas. Actualmente es característica de la zona lacustre de Xochimilco y Tlahuac al sur de la ciudad de México

Una casa en la colina

© Milagros García Zamora (Milagros)
mgarciazamora3@hotmail.com

Esa noche, los hombres de Silveira pararon allí. Cuatro hombres y Serafín, borrachos todos, dispuestos a pelear y matar a cualquiera para demostrar lo machos que eran. Encontraron a Ernesto acodado en la barra. Un mocetón de veinticuatro años. Alto, fuerte, de ojos penetrantes y mirada tierna, con un hoyuelo en el mentón y una nariz pequeña y femenina que le habría hecho parecer más joven si una cicatriz en la mejilla no le hubiera añadido años. Esa raya, corta y profunda, revelaba que una navaja se había paseado por la cara antes de llegar al cuello donde otra, en redondo, había querido poner un collar de muerte. Esos adornos hicieron que se fijaran en él. No era habitual verlos en un barrio de *cagaos*¹⁸.

Serafín se acercó a él y puso su navaja en el cuello para rematar la faena que otro no pudo. Ernesto se mantuvo firme: «Húndela ya, carajo, o la próxima vez que nos veamos te la meteré en el culo», dijo, y Serafín se guardó en el cinto la navaja; luego, ambos rieron y celebraron la nueva amistad.

Los iluminó el amanecer, borrachos y abrazados, en una callejuela de las afueras de la ciudad. Los ojos de las ventanas los observaban en silencio. «¡Mujeres!, salid antes de que entremos y conozcáis lo que es ser hombre». Y las risotadas golpeaban en los muros dispuestas a echar las puertas abajo.

¹⁸ Cobardes

Al final de la calle, una chica barría sin importarle las bravuconadas. Ernesto se dirigió a ella mientras la examinaba desvergonzadamente. «¿Cómo te llamas?». Ella se apoyó en la escoba, lo miró fijamente y le contestó: «Te lo diré mañana, cuando no estés *mamao*¹⁹», y siguió barriendo mientras canturreaba. Ernesto supo que había encontrado en ella lo que buscaba. Al día siguiente conoció su nombre, meses más tarde no había lugar de su cuerpo que él no conociera.

Era una india como las demás, aunque más oscura. Apenas un metro cincuenta de carne prieta y muslos bien formados, apenas quince años para una imagen de mujer; con pómulos salientes y caderas redondeadas, de enormes ojos y toda ella risa. Sus movimientos eran alegría cadenciosa; sus palabras, un festín de risas en la boca; su entrega, un canto a la vida.

—*Papito*²⁰, ¿te quedarás esta noche?

—Hoy no puedo, Negra, Mañana vendré a buscarte y te compraré un pañuelo, uno de los que vende Zacarías con pájaros azules y flores rojas, para colgarlos de esta cintura.

—Mentiroso, tus zalamerías no me engañan; pasarán semanas sin que vengas.

Ernesto cogía su barbilla para besar la boca gordita que se abría; luego se levantaba de la cama, sacudía la camisa, que ante la urgencia de la llegada había quedado en el suelo aún medio abrochada, la deslizaba por el cuerpo y, una vez subidos los pantalones, con el cinturón, oprimía la pistola que se escondía entre una y otro. Igual ritual en sus encuentros. Pasión, alegría y amor en ellos.

—Mañana, nada de *calentao*²¹. Haz arepas²² y patacones²³ con queso, bien sabrosos.

—Calla, mentiroso, que conozco tus tretas. Me los comería yo solita durante varios días.

¹⁹ Borracho

²⁰ Hombre apuesto, guapo

²¹ Resto de la cena que se calienta para el desayuno

²² Plato hecho de masa de maíz molido o harina de maíz popular en la gastronomía de Colombia

²³ Comida a base de trozos aplanados de plátano verde frito

Sigue la historia con Ernesto y Serafín dirigiéndose a casa de Silveira. Tuvieron que atravesar un jardín muy cuidado hasta llegar a la puerta, allí los estaba esperando con un vaso de limonada y una sonrisa; como si hubieran sido *cuñaos*²⁴ de toda la vida. Entraron. Un enorme salón con más de cuatro sillones, todos blancos, y muchas más mesas y lámparas componían una decoración elegante a la que Ernesto no estaba acostumbrado. Había imaginado vigas de madera robustas, jarrones chinos, alfombras orientales y un lujo que no encontró. Una mujer blanca, rubia, descalza y no muy joven ni bonita los invitó a sentarse. Era la amante del jefe, la «Descolorida», como la bautizó Ernesto. «¡Qué raro es! —pensó— podría tener grifos de oro y a la mujer más guapa del mundo y quiere esto. ¡Carajo, el dinero quita el gusto!».

Se sientan, Ernesto se fija en una mesa de roble donde los objetos más diversos se mezclan: una fusta, una jarra de bronce, cintos, pistolas y navajas, también un ramo de margaritas recién cortadas. Silveira lo halaga, le recuerda los cojones que tuvo en el enfrentamiento con Serafín. Ríen. Le ofrece una copa de ron, le repite que le parece un hombre bragado, le propone trabajar con él, Ernesto acepta; luego hacen chistes y comen cordero con miel. Salen.

A partir de ese momento, recibe buena paga por llenar bolsitas de plástico con perica²⁵ y embalarlas después para su venta. A veces, recoge mercancía o la envía; otras debe asustar a un pinche²⁶ codicioso. Poca cosa para tanto billete.

Empezó para Ernesto una vida de noches parranderas y de jornadas con olor a droga y dinero; también continuó el amor por la Negra.

²⁴ Muy amigos

²⁵ Cocaína

²⁶ Forma despectiva de referirse a alguien

A Serafín se le divertía fácilmente. Como no estaba acostumbrado a pensar, hacía un gran esfuerzo para comprender; era inútil. Él obedecía las órdenes del jefe, se emborrachaba, hablaba paja²⁷ y echaba carreta²⁸. Cierto que las bromas sobre la «Descolorida» llevaban a palabras procaces; como un niño que se divierte diciendo pedo y culo ante sus padres. Ganas de jugar, nada importante.

Ernesto y la Negra comenzaron a planificar su futuro. Una casa blanca con ventanas azules en lo alto de la loma; cuatro niños, un mantel de hilo, capricho de ella, una mecedora —siempre quiso Ernesto dormir con el tris-tras de su movimiento— y un jardín donde reirían: ella columpiándose, él agarrándola y empujándola.

La noche que Silveira puso fin a la historia, le mandó llamar. Allá fue Ernesto, solo, como le había ordenado. Entró, se sentó y, fuera de la costumbre, nadie le ofreció bebida. Lo escuchó con atención. «Matarás a Serafín mañana, espero que no me traiciones» y supo que no bromeaba. Silveira nunca lo hacía con los encargos y la muerte. Se acojonó. Nunca había matado y menos a un amigo; supo qué pagaba su jefe.

De camino a casa, pensó en el trabajo encomendado. Silveira sabría por qué debería matarlo, Serafín sabría por qué debería morir, pero él no sabía nada. Por mucho que intentara recordar, no encontraba nada que le obligara a hacerlo. Habían sido dos amigos que se divertían, bebían ron y trabajaban juntos. Nada que lo justificara.

No había nada qué hacer; debería cumplir la orden. Mejor no pensar en ello, Olvidaría a Serafín y su muerte cuando pasara el tiempo. No creyó que pudiera acostumbrarse a vivir sin su madre cuando murió; que no la viera cada día en los sitios por donde pasaba, que no le hiciera sufrir su desaparición y desde hacía mucho tiempo

²⁷ Hablar mucho sin decir nada

²⁸ Bromear

apenas recordaba su imagen. Si esto pasa con una madre, se decía, ¿cuánto tiempo tardaría en olvidar a Serafín?

Al día siguiente, se proveyó de armas: pistolas bajo la camisa y el calcetín, navaja en el bolsillo y no pudo dejar el dolor por matar a su amigo. ¡Allá estuvo acompañándolo en su camino!

Serafín era predecible. Diariamente hacía la misma rutina: levantarse tarde, comer en el mismo sitio del centro de Barranquilla, dar un paseo, buscarlo en su casa e iniciar el trabajo con Silveira. Las mismas calles, día tras día, los mismos lugares, iguales actos. No era difícil el encargo si no fuera por ese maldito cariño que le tenía.

Lo encontró en la calle Santa Rosa, caminaba delante de él con sus botas de punta dorada y el aire chulo. Un pedazo de pan con aires golfos. Cuando llegasen al callejón, tres cuadras más adelante, lo mataría; luego se alejaría de todo aquello. Una casa y una familia, una vida decente; había ahorrado lo suficiente para comenzar una nueva vida y todo el mundo necesita un día poner en orden su existencia.

La Negra estaría en lo alto de la loma. Un vestido blanco con un pañuelo de pájaros azules y flores rojas en la cintura, una mano saludando y una carrera cuesta abajo para encontrarlo. La Negra riendo de placer cuando Ernesto la levantara del suelo girando los dos en un baile de besos. «Bruto, bruto», le diría fingiendo querer que parara. La Negra en sus brazos, la Negra en su cama, solos la Negra y él en la casa de lo alto de la colina.

Ahora estaba inmediatamente detrás de Serafín, la calle era concurrida, el callejón estaba a tan sólo un par de metros. Su mano izquierda se movió para echar hacia atrás el lado derecho de su camisa y Ernesto montó la pistola. «Dentro de los próximos cinco segundos, disparo», se dijo. Una mujer golpeó su brazo derecho, pero él mantuvo firme la puntería contra la espalda de Serafín. Una voluta

del humo del cigarro de un hombre que se cruzó llegó, se enroscó en su nariz y le cegó los ojos y, una décima de segundo más tarde se oyó un disparo.

¿Qué ocurrió? Puede que Serafín lo hubiera visto, puede que todo lo tuviera calculado. A Ernesto le pilló de improviso la bala en el vientre. Una bala alojada en su cuerpo, una herida y muchos recuerdos asesinados..

Ernesto recordó a la Negra revoloteando a su alrededor, con las piernas al aire y las caderas en cumbias, sentada en sus rodillas, recostada en la cama mirándolo, canturreando con los ojos cerrados, con la cabeza en su pecho, observando el horizonte como si fuera la primera vez que lo hubiera visto, la recordó tumbada ofreciéndose a él. Luego entró en la nada.

El forastero

© Blanca Miosi (B.Miosi)

El olor a carne putrefacta arrastrado por el viento que movía la tormenta se filtraba por las rendijas de las puertas y las ventanas. Provenía del cuerpo de su abuelo que permanecía fuera, en el patio, no más lejos de lo que sus fuerzas pudieran arrastrarlo. Fito quiso cavar un hoyo para meterlo dentro como había visto hacer con su abuela ya hacía tiempo, pero la pala era demasiado pesada. Para evadir el ruido de los truenos se concentró y recordó las veces que fueron los dos a visitarla al cementerio. “Ella está en el cielo”, decía su abuelo. Se preguntó si también él estaría arriba, entre las nubes. Lo dudaba, pues se estaba pudriendo en el patio. Concluyó que para ir al cielo era necesario estar bajo tierra en el cementerio.

Esperó escondido en la oscuridad de un rincón alejado de las ventanas, tal como su abuelo le había enseñado a hacer cuando hubiera tormenta, hasta que el viento amainó. Y llegó el silencio. Tan pesado que casi podía sentirlo sobre sus espaldas. Por un momento hubiese preferido que siguiera ululando para no percibir la soledad. ¿Cuánto tiempo tendría que soportar el hedor que despedía el abuelo?, se preguntó. De haberlo sabido no le habría clavado la estaca en el pecho. Pero debió hacerlo, era un vampiro, las señales eran claras. El libro lleno de dibujos que dejó el forastero no podía estar equivocado. Su abuelo siempre le decía que la sabiduría estaba en ellos.

Las luces del alba iluminaron con timidez el entorno desolado que el chiquillo veía desde la puerta. Salió y se acomodó en el largo banco donde solía sentarse con su abuelo a contemplar el horizonte. El mismo por donde vieron acercarse al forastero que le regaló el libro cuando

se enteró de que sabía leer. Desde ese día el cuaderno fue su compañero inseparable; llegó a aprenderse los párrafos de memoria. Lo sujetó con fuerza para que no se terminaran de desprender las hojas que, de tanto manosearlas, estaban sueltas en algunas partes. Sintió hambre y recordó que cuando leía su libro se olvidaba de comer. Para engañar al estómago, empezó a pasar las páginas tantas veces recorridas, y se fijó una vez más en el vampiro. Se llamaba Drácula. El mismo corte de pelo que su abuelo, los mismos ojos y hasta la misma sonrisa. En lo único que diferían era en que su abuelo no tenía colmillos o, por lo menos, nunca se los había visto, pero no cabía la menor duda de que era él. Con sumo cuidado depositó el libro en el asiento y se dispuso a mirar el horizonte, extrañando los días en los que él y su abuelo lo hacían. Una figura apareció en la lejana línea.

Con paso lento y firme se fue acercando y Fito reconoció al forastero.

Blog de Blanca Miosi

Página de autor de Blanca Miosi en Amazon

El Raposo, la Rapiña y la Ignorancia

© *Luisa Méndez Fernández (Luisa-sabel)*
luisaljr@hotmail.com

Érase una vez un pueblo de grandes prados verdes y hermosos, donde campaba a sus anchas un Raposo muy listo, bien pertrechado en su palacio rodeado de altos muros y torreones, testigos mudos de sus artimañas, y donde recibía solapadamente a la Ignorancia.

Es menester decir que la Ignorancia era osada. Pese a no distinguir el valor de un real de cobre del de un peso de plata, a la Ignorancia no le gustaba revolver la cazuela y no encontrar en ella un buen trozo de tocino. Así que, sin tocino y sin pan, la Ignorancia no se lo pensó dos veces, o eso creo yo, porque si la Ignorancia se hubiera dado cuenta de que su valedor iba disfrazado de valedor y no de sí mismo, quiero decir de Raposo de los de aquí te espero dispuesto a ofrecerle unas pocas perrillas para el apaño, la Ignorancia hubiera hablado de tú a tú con su cazuelita: «Que si no hay tocino, no hay tocino, ¡caramba!, que nunca llueve que no escampe», y hubiera mandado a tomar viento al Raposo.

¡Qué estupidez! Si la Ignorancia no distingue un real de cobre de un peso de plata, ¿cómo diantre va a distinguir a un Raposo de órdago disfrazado de buen samaritano, con pinta de cordero degollado que, para colmo, con «gran esfuerzo por su parte» —dicen que dijo el muy gorrón— le suministra a la Ignorancia lo justito para que vuele rauda a comprar su tocino y su pan? Y como él es bueno, buenísimo, le recomendó a la Ignorancia que no fuera derrochona, que los tiempos no estaban para el despilfarro.

«Ja, ja, ji, ji», dijo el Raposo mientras llevaba las cuentas de las perrillas que le prestó a la Ignorancia que,

como queda dicho, pasaba de saber lo que vale un peine. Pero para eso estaba él, avezado Raposo siempre solícito para llevar las cuentas a rajatabla, y «váyase usted a freír espárragos con la cazuelita sin tocino a otra parte, que ya no hay más pesetitas, ni reales y olvídese de la finquita, esa que, los que saben, saben que es tan requetebuena que si siembras patatas te regala el azafrán para condimentarlas. Esa, señora Ignorancia, y algunas otras, porque se pasó usted con su tocino y su pan, y no se le ocurra decir ni mu, que es por hacerle un favor, que no se diga que no soy generoso y me las quedo en prenda. Que ya las comió y las eructó usted y segurísimo que también las cagó usted. Y para ahorrarle formalidades innecesarias y farragosas, emborrone su cochambroso dedo en la cochambrosa tinta y aplástelo en este papel divino, sin sobre-te-ar-lo más que lo justito, ¿eh?, y lárguese con viento fresco y hasta nunca». ¡Ay de los raposos!, líbrennos las tentaciones de caer en sus zarpas. Y, sobre todo, de los raposos disfrazados con piel de cordero degollado, dispuestos a hacer sonar su calderilla para embaucar a la clientela que no distingue el valor de unas perrillas de cobre del de un real de plata. El trueque de unos reales por unas hermosas tierras y, si se terció —que sin duda se terció— hasta de la última teja donde había de terminar sus días la Ignorancia, con sus correspondientes noches, su cazuelita huérfana de tocino y la masera tristona añorando su pan y oliendo a moho.

Los malpensados, o sencillamente los que aún tienen media neurona para pensar, se harán la pregunta de rigor: ¿La Ignorancia vivía completamente sola? ¿O vivía rodeada de ignorantes que ignoraban cómo diablos conseguía su pedazo de tocino y su hogaza de pan? ¿Nadie tuvo lo que hay que tener para abrirle los ojos bien abiertos a la Ignorancia, aunque tuviera que sujetarle las pestañas con un palillo de dientes? ¡Qué va, qué va! Queda dicho que la Ignorancia era osada, campaba de aquí para allá a sus anchas. Me da en la nariz que cuando su maridito fue consciente de que su amantísima esposa había

hecho el trueque de sus tierras por unos reales para poner en la mesa un pedazo de tocino y una hogaza de pan, ya el Raposo se las había ingeniado: «Si me das tu prenda, me la quedo sin más discusiones. Si te has comido los reales, y los has cagado, si ahora te hacen pupa, úntate con un poquito de unguento si es que, derrochona como eres, has sabido ahorrar medio real para el pringoso unguento».

Supongo, por suponer, que el esposo de la Ignorancia le montaría un pollo, que arderían Troya y los troyanos, que ganas no le faltarían de ponerle una cerilla en el culo al Raposo y hacer picadillo a la insensata Ignorancia. ¡Qué va, qué va! Si el esposo de la Ignorancia era..., ¿cómo lo diría...?, un santo varón que no mataba ni a una mosca y que, para remate, era el «dueño y señor» —y pongo comillas porque, entiéndanme, lo de señor es un decir— por más que el amantísimo esposo de la Ignorancia fuera el dueño de sus tierras y hasta de la última teja de su casa.

Mucho antes, un día se había encontrado sallando el huerto con la Ignorancia, que por aquel entonces era hermosa, garbosa y aguerrida. El varón se quedó más prendado de esta preciosidad que un tonto con un lápiz. Y el varón la hizo su esposa y madre de sus hijos y gobernanta de su hogar, dulce hogar, medianamente pujante, y de sus divinas tierras, tan generosas que, sin el más mínimo regateo, te regalan el sabrosísimo azafrán para aderezar divinamente las patatas.

Y casi sin pensar, que los años pasan en un periquete, los hijos se hicieron mayores. La hija pequeña se dejó preñar por un hijo de puta y la dejó tirada como a una perra, porque la moza era divina, pero el preñador buscaba una moza con posibles, quiero decir con una buena dote que la dotara de rango y poderío, aunque fuera más fea que el culo de un escorpión.

Después de nueve meses de vomitera y engorroso embarazo, la pobre moza se pasó ocho días de parto. La criatura había crecido tanto en la barriguita de su mamá que ni una yunta de bueyes lo sacaba de donde se había asentado, tal parecía que para quedarse. Después de mucho batallar, de susurrarle su mamá que fuera buenecito, que ella lo quería entre sus brazos para arrullarlo, cantarle una nana, el bebé, al fin, asomó su cabecita, pero su carita no estaba rosada como debería, ni lloraba a pleno pulmón como debería llorar... Naaaada. Y la pobre madre, la hija más pequeña de la mentada Ignorancia, se fue con él, no le quedó otra, pienso yo, que a estas alturas me da por pensar con la media neurona que me queda remolona por ahí.

Se dijo, se comentó, que ni partera ni leches sabían qué hacer en esas circunstancias. Que los ginecólogos aún no habían nacido en este pueblo para auxiliar a la primeriza madre que dejó a toda su familia sumida en la mayor desolación que imaginar se pueda.

Y la mamá se fue abrazadita a su bebé a inaugurar el cementerio de este pueblo divino de grandes prados verdes, en los que ya queda dicho, que si plantas un huerto de patatas, la tierra te regala el azafrán para condimentarlas.

Como es de suponer, no sólo su familia, sino el pueblo entero lloró a moco tendido la muerte de la joven que no tuvo tiempo de sentirse madre, y un poquito, sólo un poquito, la de su bebé de siete kilos, sin que nadie diera razones de por qué a la criaturita le había dado por alimentarse en demasía de los efluvios maternos, y así sucedió lo ya mentado.

Las lenguas de doble filo juraron y perjuraron que si el bebé hubiera llegado a salir, segurísimo que fuera igualito al gordinflón que preñó a su madre. Querían decir gordo y pelma que, después de preñar a la linda jovencita, la cambió por una buena dote, aunque la dueña de la dote fuera más fea que el culo del ya mentado escorpión. ¿Quién les dice a ellas —a las lenguas viperinas— que

ante tal tesitura el bebé decidió desaparecer del mapa, no sin antes llevarse a su mamá abrazadita a él?

Lloró la hermana mayor de la difunta, que se largó con viento fresco a vivir a la capital, maldiciendo porque esas barbaridades sólo pasan en los pueblos, orgullosos de sus prados verdes pero faltos de manos expertas que sepan salir airosas de semejante desaguisado. Ocho días pariendo es mucho hasta para Dios, que dicen que parió el mundo entero en seis días y, cansadísimo —esto también es un suponer—, el séptimo se tiró a la bartola a descansar. «Que ya está bien, caramba, y apañaos como podáis —se diría Él—, que en tan poco tiempo no se pueden hacer más milagros, que sois unos inútiles y así os brilla el pelo». Y la hermana se palpaba su barriguita y hacía cálculos irrefutables: ¿Cuánto restaba para que su vástago asomara su sonrosada naricita? «¡Por todos los dioses del Olimpo! —dicen que dijo apenas terminado el velorio de su queridísima hermana—, ahí os quedáis para los restos, que esta menda se larga con su barriga a otra parte».

«¡Ay! —suspira la Ignorancia, madre de la guapa moza que termina de estrenar cementerio abrazadita a su bebé—, qué sola se está quedando esta casa». Pero ¿no le queda su hijo varón y, por tanto, mayorazgo de la casa? Claro, claro, recapituló la Ignorancia, su hijo, enamorado de su mujer hasta las trancas, dispuesto a bregar con lo que va quedando de lo que ya apenas le interesa al mentado Raposo, llenaría en un santiamén la casa de preciosísimos vástagos. He de decir, en honor a la verdad, que el hijo mayor era de lo más trabajador y hacendoso que conociera la tierra. Muy dado a pensar que los hijos son una bendición, aunque estén muy lejos de traer un pan bajo el brazo, y él adoraba a su mujer y no estaban los tiempos para pasar frío. ¡Hala!, niños y niñas llegaron a la casa de la abuela Ignorancia y del abuelo domado en una riestra de nunca acabar.

Pero se acabó. Buena era la Ignorancia para consentir semejante invasión. Tanta prole comía como un regimiento. Ella, haciendo malabarismos con sus divinas tierras a espaldas de su amante esposo más que domado, y de su hijo que, además del jornal que le mete a la madre Ignorancia en el bolsillo del delantal, le dio por preñar a su esposa otra vez en lugar de irse a cavar al monte. Que el jornal no daba para tanto pan y tanto condumio. Que de las tierras, que además de patatas te regalan el azafrán, si las he visto, no me acuerdo; que se las quedó el dicho “valedor”, quiero decir el Raposo, por un puñado de reales que ya no llegaban para comprar tocino y pan para tanta prole. Ante el llanto desolador de su esposo domado, la Ignorancia mandó a su hijo, a su nuera y a todos sus vástagos a comer del escaso jornal, que es como comer del aire, que ya se sabe, Dios proveerá lo que sea menester, que a ella no le iba tanto revoleo de niños. Y que cada uno con su pan se lo coma.

Lo cierto es que de las propiedades de la Ignorancia y de su domadísimo esposo, incluida la casa —que la Ignorancia sacó en contraprestación que el Raposo no se la arrebañara hasta después de su muerte—, una vez que el susodicho elemento se apoderó de lo que le salió de su malísima flema, quedó poquísimo para comer pero, claro está, había que seguir comiendo. Entonces, la Ignorancia decidió consultar con su cazuelita sin tocino y con su masera sin pan. Poco quedaba para el despilfarro. Sin el jornal de su hijo varón, que bastante tenía con mantener a su numerosísima prole, sólo vislumbró una alternativa: no le quedaba otra que consultar con la Rapiña.

Pongámonos en situación. La Rapiña —que eran varios elementos— ya estaba al quite observando si el Raposo dejaba algunas migajas para tragárselas a voleo, que más vale pájaro en mano que ciento volando. Y pensado y hecho. A la Rapiña se le pusieron los dientes largos en cuanto vio el camino libre de raposos. Se apoderó —mira para allá y a mí qué me cuentas— de los

restos que milagrosamente aún le quedaban a la Ignorancia. Ante este remate, el esposo domado se quedó más frío que un témpano y debió de ser entonces, sólo entonces, cuando se dio cuenta de que de todas sus posesiones su queridísima no dejó más que el cayado, pegadito a él, la espalda doblada y los ojos atrapados bajo las suelas de sus zancos rotos, sin sus queridísimas tierras, la casa de prestado y el cielo desgarrado en chubascos interminables sobre su cabeza.

Al Raposo le llegó la hora de hacer balance, como a cualquier mortal. Dejó sus feudos a sus herederos, que para eso ejerció de Raposo con total impunidad, y así pasó lo suyo y lo ajeno a manos de sus vástagos para que estos dispusieran de pan y tocino a diestro y siniestro. Sobre todo, tocino. Llegado su punto y hora de partida, ocupó su asiento en los mismísimos infiernos, donde Satán no permita su retorno para seguir ejerciendo de Raposo. Y como no podía ser menos, y aquí no hay Raposo que se libre, lo comerían los gusanos como a cualquier miserable mortal que se precie, que no hay que hacer ascos a los gusanos. Ellos, como nosotros, se alimentan del buen tocino, y con su pan se comen hasta a los pestilentes Raposos.

Al esposo, domado y aniquilado, no le quedó otra que patear caminos y entuertos. Apoyado en su cayado, sin otro cielo al que mirar, encontró un plato de sopa al lado de su hijo, los hijos de su hijo y su nuera, los que un día la Ignorancia lanzó a la calle con una mano atrás, otra adelante y lágrimas de impotencia. En cuanto a la Ignorancia, justo es decir que llegó a la vejez sin tocino para su cazuelita y sin pan para su masera con moho, como no podía ser de otra manera. Pero generosamente servida cada mañana por esa nuera demasiado paridora, generosa hasta el punto de echarse a la espalda el despilfarro vil al que la Ignorancia sometió a su familia, privándoles del pan y la sal.

Esta tarde lo tengo ante mí, compartiendo bocata y refresco con unos amigos aficionados al teatro y a la lectura. Es un tipo normal, yo diría que debilucho, con un cierto parecido al Raposo de mi historia. Aficionado al poco curro y a dejar constancia en su agenda de la impresión de su última lectura, de si la jornada se dio bien, o si un mosquito cojonero le picó en la ceja y no le quedó otra que parpadear. De pronto le escucho preguntar si llevo algo para leer, que es importante no olvidar que las reuniones conllevan no dejar los papeles olvidados en el trastero de la casa. Tengo la sensación de que este tipo quiere que le regale la oreja con mis textos. Es posible que necesite que le apuñale la oreja con mis textos. Lo miro de frente. El pobre sólo lleva su diario, por si acaso se le ocurre alguna cosa interesante. O, por si a una avispa se le ocurre hurgar en su entrepierna, dejar constancia de la picazón. Nada interesante. No le voy a invitar a que revise la agenda de su abuelo, apodado el Raposo, porque no me da la gana, y porque supongo que él está sobrado de saber de dónde le viene el no tener que preocuparse de su curro y así disfrutar holgadamente contándole chismes a su agenda.

Un deseo inconfesable

© *Pedro Quintana Moreno (Pedro)*

La invitación de Vitaliy a pasar una semana en la casa que acaba de heredar llega en el momento preciso. Pasados seis meses desde que Graciano Ayensa abandonara la isla, las ganas de regresar superan la necesidad de alejarse de ella. La obsesión por su joven prima lo mantenía encadenado a una pasión que le era imposible asumir. Tal vez ahora, serenado el ánimo por el trabajo y la distancia, podría reencontrarse con los recuerdos del verano sin miedo a reprimidas fantasías. En la respuesta a la misiva del amigo, Graciano advierte de que tanto la tía como su hija, familia materna que reside cerca de allí, no deben enterarse del viaje. Así, piensa, evitará el objeto de sus deseos y dispondrán del tiempo necesario para descubrir los entresijos de la turbadora morada.

Según cuenta el fabulario popular, sus diseñadores la construyeron sobre la boca de una caverna consagrada a idolatrar ominosas deidades; sin embargo, su aspecto recio y señorial no dista del que distingue a las muchas casonas del pequeño archipiélago. El nombre, "La casa de los deseos concedidos", tampoco encaja en la imagen que la superstición dibujara en la memoria colectiva. Sea como fuere, cuando Graciano franquea por primera vez la verja que da acceso a la entrada, un escalofrío se une al misterio que divulgan los rumores. Su anfitrión, Vitaliy Gólubev, abre el portón con una pesada llave y lo invita a entrar. Descendiente de un antiguo linaje moldavo, el hijo mayor del vizconde Svyatoslav Gólubev recibió el inmueble tras el fallecimiento de un tío abuelo con el que pasaba largas temporadas.

Al cruzar el umbral de la casona no puede reprimir una exclamación de asombro. A quince metros frente a él y de espaldas a la pared enmoquetada en rojo, un ángel de mármol oscuro blande una espada que apunta a tierra; a uno y otro lado de la escultura unas escaleras suben, rodeándola, hasta encontrarse en el rellano donde una lámpara ilumina el óleo de hombres postrados con devoción; luego, dos nuevos tramos se despliegan para completar en semicírculo el recorrido al primer piso. El balaustre, integrado por columnillas que parecen de oro, sostiene un pasamano de nogal negro.

Al ver la cara de su invitado Vitaliy sonrío.

—El salón recibidor es lo más reseñable del inmueble y casi ocupa un tercio del mismo. Las entradas a tu izquierda y derecha son las del ala este y oeste —le dice, señalando sus pilares de roca en forma de columna. Un grueso dintel, también de piedra, salva el espacio entre ellos con la cabeza de un león esculpida en el centro—. Deja aquí el equipaje, ven, sígueme a la biblioteca —añade, y tira suavemente de su brazo hacia la entrada oeste.

La estancia, animada por velados ventanales que casi tocan el techo, está repleta de estanterías en las que es imposible encontrar hueco para un nuevo libro. Unos apliques dispuestos con habilidad hacen que la luz repose en la madera y en los tomos del extenso inventario con el mimo que requiere una confortable lectura. Un par de mesas rodeadas de sillones completan el mobiliario.

—Mira, esta es mi sacristía.

El moldavo se acerca a una separación entre estantes, acciona un mecanismo oculto y una sección de la librería se abre para dejar al descubierto un pasillo que desciende en acentuado desnivel. Sus setenta centímetros de ancho llevan hasta una bodega excavada bajo los cimientos de la casa.

—¿No asegurabas que la escalera del ángel era lo más reseñable? —pregunta el huésped al ver las botellas de vino.

—Solo son tres metros por cuatro, pero te aseguro que no encontrarás otro lugar con tantos tesoros en semejante espacio. Obsérvalas, todas tienen la misma inclinación: cinco grados, suficientes para que su contenido pueda besar el corcho. La humedad y la temperatura son rigurosamente estables aquí abajo, y jamás se toca una botella si no es para verter su contenido. Esta es la que hoy quiero compartir contigo.

Vitaliy toma una con delicadeza y regresan a la biblioteca.

—Acomódate.

La deja sobre la mesa y sin apenas moverla la destapa. Huele el corcho, pasa un paño limpio por la boca y sirve dos copas a un tercio de su capacidad.

—Este vino tiñó de rojo el Mar Negro.

Graciano mira a su amigo con gesto de extrañeza, pero apenas puede apartar la vista del polvo secular que envuelve al recipiente.

—Su historia es tan extraordinaria como la bodega de donde salió. Es un prodigio el que podamos disfrutarlo ahora.

Guarda silencio durante unos segundos y prosigue para balbucear una palabra.

—¡Massandra!

—¿Massandra?

—Massandra —repite, con los ojos perdidos en la memoria—. Ese es el nombre de la bodega.

Pasea el vino por el fondo de la copa como si intentara acariciarlo con el brillo del cristal; la acerca a su nariz, deja que el aroma la invada hasta que casi lo siente en el paladar y da un pequeño sorbo que le obliga a cerrar los ojos.

—¡En verdad que es un milagro! —exclama.

—Tienes razón, es..., increíble. Pero ¿qué quiere decir eso de que es el vino que tiñó de rojo el Mar Negro?

—Eso ocurrió en el cuarenta y uno, durante la guerra, pero la historia de Massandra comenzó con un decreto del zar Nicolás II en mil ochocientos noventa y cuatro. Tres años después, muy cerca de Yalta, en Crimea, se

terminaba la construcción de la bodega que habría de albergar una legendaria colección de vinos, y elaborar caldos que le procurarían fama y prestigio. Durante la revolución rusa del diecisiete fueron sellados y camuflados todos sus túneles con la esperanza de que pasaran desapercibidos a las tropas de Stalin. No sirvió de nada. Cómo serían las maravillas que encontraron almacenadas que decidieron incrementar la colección con botellas provenientes de los palacios de los zares en Moscú y San Petersburgo. Pero fue durante la ocupación alemana en la Segunda Guerra Mundial, cuando sus tesoros, en botellas rigurosamente numeradas, se trasladaron a tres emplazamientos secretos con objeto de que no cayeran en manos de los nazis. La producción de ese año, aún en los depósitos, se derramó en el Mar Negro. Fue la única baja. Muchos dejaron sus vidas en ese empeño, valían menos que aquellas joyas enológicas.

Da un nuevo sorbo y continúa:

—Lo que ahora saboreas es parte de esa añada que se derramó en oscuras aguas. Mi familia logró salvarla de tan ingrato fin.

Mira a contraluz el contenido de su copa y, antes de apurarlo, sentencia:

—Es sangre lo que da color a este vino.

—Eres un cúmulo de sorpresas, querido Vitaliy. Sin duda esa historia acrecienta el enigmático halo que envuelve a tu familia; por no hablar de la magnífica bodega camuflada tras la librería, seguro que daría pábulo a los secretos que pueda albergar la casa.

—¿Tú no tienes secretos, Graciano? —pregunta, al tiempo que sirve más vino.

—¿Yo? No, no..., tal vez algún deseo inconfesable.

—Recuerda que esta es la casa de los deseos concedidos.

—¿Y quién los concede? ¿Tú?

—Eso es parte de sus muchos enigmas —le responde, con una larga sonrisa—. Vamos, ¿a qué esperas para formularlo?

—En realidad tengo dos, uno de ellos no es inconfesable, pero crece en la medida en que me relaciono contigo.

—Dime cuál es, si está en mi mano dalo por concedido. Pero también habrás de revelar y hacer por que se cumpla el segundo.

—Prefiero no hacerlo, de ese lucho por deshacerme.

—¿Después de las juergas que hemos compartido vas a guardarte lo que seguro es una nimiedad? ¿Piensas que voy a escandalizarme? Apuesto lo que quieras a que lo escandaloso es renunciar a él. ¿Por qué comenzar tu estancia entre estas paredes con tan escrupulosa actitud?

—De acuerdo —Graciano se frena como si a posteriori se lo estuviera pensando, y al fin se decide—. Me gustaría viajar a tu país para, además de conocerlo, establecer vínculos comerciales. Estoy meditando la posibilidad de importar mercadería. ¿Qué te parece?

—Es curioso. Hace tiempo que deseaba ofrecerte trabajar con nosotros; necesitamos alguien de confianza que haga las veces de emisario, te vendría muy bien para tal propósito.

—¿De veras?

—Sabes que nunca hablo de otra forma, por lo tanto, ese es un deseo que no presenta dificultades. Ahora dime, ¿cuál es ese otro que dices inconfesable?

—Durante las vacaciones me comprometí con Elena, ya sabes, la hermana menor de mi madre, en pasar a resolverle un problema en su cobertizo. Nada importante —asegura, mientras sacude la cabeza y acaba el contenido de la copa—, un simple cableado que habría roído alguna alimaña. El caso es que no le llegaba electricidad. Mi tía es persona entrañable y ejemplar. Enviudó cuando la Guerra Civil, su marido fue de aquellos que dejaron la vida en el frente y la mujer embarazada en retaguardia. Desde entonces no se le conoce hombre. Siempre trabajó duro para sacar a su hija y la casa adelante.

—No te hagas rogar, querido Ayensa —lo interrumpe el hijo del vizconde, con un guiño de maliciosa complicidad.

—Y tú no seas impaciente, que estoy en ello —replica Graciano y, tras suspirar profundamente, prosigue—. Cerca del cobertizo, rodeada por el jardín, el recinto dispone de una pequeña piscina. Ese día, bien entrada la mañana y sin pasar por la casa, me fui decidido a buscar el desperfecto. No tardé en dar con él y una vez solucionado aproveché para limpiar y ordenar el lugar. Apenas iniciado el trabajo algo me obligó a mirar al exterior por la tronera. Alina, mi prima, salía de la casa envuelta en una toalla en dirección a la piscina. Se detuvo en el borde, rozó el agua con los dedos de los pies y después de unos segundos dejó caer la prenda que la cubría.

Graciano se levanta, se aproxima al ventanal que tiene más cerca y mira al exterior a través de una rendija abierta en la cortina.

—Alina es una cría, aún ronda los catorce años, pero al verla desnuda... No sé, es difícil de explicar, quedé encandilado por la inesperada revelación de un tesoro consagrado al misterio. La virginidad de su piel trascendió hasta imponerse a la razón y enredarse en mis sentidos. Esa niña me despojó del alma para encadenarla a la luz que envolvía su cuerpo. A pesar de la distancia distinguí su olor entre el aroma de las flores y sus labios entre los pétalos de aquel jardín. Y así fue cómo su imagen me quemó con la llama de un fuego prohibido. Ella, en el borde de la piscina; yo, en el interior del cobertizo. Desde entonces solo contemplo lo que no se puede ver.

—Formula pues tu deseo.

—Mi deseo es el de hacerla carne de mi carne —asegura, mientras sus ojos se desbordan con el vívido brillo de lo evocado.

Vitaliy lo observa satisfecho.

—Qué mundanas y pegadas a tierra corren nuestras ansias, Graciano, siempre en pos de refinados y exquisitos placeres. Como el de este vino, único e irrepetible, así debe de ser Alina, esa muchacha que ahora se asoma a tus ojos.

Sirve el contenido de la botella hasta agotarlo y a continuación propone:

—Brindemos por ella.

«Por Alina».

Claman los dos hombres al unísono.

—¿Y si te aseguro que puedes hacerlo realidad hasta el punto de que mañana mismo la tendrías en los brazos, abierta a tu capricho?

—Creo que este azaroso caldo estimula el sinsentido. ¿Cómo podrías asegurar tal cosa?

—Tal vez porque pueda.

Graciano observa el convencimiento que arroja tan sorprendente aseveración y, por primera vez, repara en las ojeras que amurallan la mirada de Vitaliy, pertrechada con una lógica que comienza a inquietarle.

—No sé si es la influencia de la casa o la del alcohol que bendice nuestras copas, pero reconozco que en este momento me produces cierto recelo.

—Hemos llegado a un punto en que debo hacerte una revelación y además rogarte que aceptes mis disculpas.

—No entiendo, ¿por qué deberías disculparte?

Vitaliy cambia la complacencia que anima su semblante por una formalidad inusual en él.

—Debo disculparme porque este es el motivo por el que estás hoy aquí, la invitación es un pretexto para la charla que mantenemos sobre los deseos; los tuyos y los míos —puntualiza, señalándolo con el dedo índice y luego a sí mismo con el pulgar—. Porque también tengo dos deseos y como en tu caso uno de ellos forma parte de un secreto inconfesable.

Graciano lo mira perplejo y sin saber qué decir deja que el anfitrión prosiga con su discurso.

—No es casualidad ese interés que sientes por iniciar vínculos comerciales con mi país, tampoco la necesidad de un emisario o correo por parte de nuestra familia; en realidad, tus aspiraciones y las nuestras se complementan en deseos que se satisfacen mutuamente. Sin embargo, el que se cumplan los dos mencionados depende de que se haga realidad el de Alina, y este, de ese otro que forma parte de un secreto que ahora te voy a desvelar.

Vitaliy hace una pausa, apura el contenido de su copa y la coloca sobre la mesa. Mira a su invitado que lo sigue expectante, y continúa:

—Son muchos los hombres que no creen en nada, solo en sí mismos. Para buena parte de ellos la existencia no tiene otro compromiso que el de sobrevivir a una aventura tan incierta como breve, sin más filosofía que una mediocre ética de la felicidad y el buen vivir. Claro que la mayoría se preocupa por los seres que aman, por el prójimo y, ¿por qué no?, también por el entorno en que se desenvuelven. ¿Acaso no es razonable hacerlo cuando en gran medida condiciona el propio bienestar? Para ellos los compromisos son los inmediatos, y la vida y la muerte, extremos de una cuerda en continua tensión: cuando un lado avanza, el otro retrocede. No hubo nada antes, nada se espera después. En cambio hay quienes no se resignan a verse como un amasijo de huesos, de carne y pensamientos, y se entregan a la búsqueda de la divinidad huyendo de un vacío que se les hace insoportable. Entonces algo tan volátil como la fe se convierte en la rúbrica de un contrato que garantiza la eternidad. Lo esencial ya no es el cuerpo, que camina en un mundo de senderos inciertos, sino el espíritu, que lo hará en paraísos hechos a su medida. Todo consiste en imponerse una gestión del alma que satisfaga al dios que le da razón de ser. Para estos la vida es un trámite al que da sentido la muerte. Y por último, apreciado amigo, están los que navegan en un convulso mar de dudas. ¿Es el hombre el centro del universo, o lo es el dios que le permite situarse en ese lugar? Y la gran pregunta: ¿dónde se encuentra la verdad? La respuesta es que está allí donde se descubre una mentira, y la mentira donde creíamos la verdad. No, Graciano, el tiempo del que disponemos es corto para malgastarlo en quimeras, y la verdad una puta que seduce al ignorante. Los hombres como tú y como yo necesitamos que nuestros deseos se hagan realidad. ¿De qué te servirán los años de trabajo y privaciones si nunca disfrutarás de una casa como esta, o de una bebida como la que tienes en

tu copa? ¿Por qué limitarte a soñar con Alina cuando puedes poseerla?

Vitaliy enmudece en espera de la reacción de su invitado, Graciano se centra unos segundos en el vino, y tras agotar el contenido de la copa, exclama:

—No puedo creerlo. Colocas ante mis ojos lo que intento alejar del corazón. ¡Qué locura esta! Pero dime, ¿cómo es que está en tu mano algo que solo cabe en la de Dios?

Su anfitrión sonríe complacido.

—No es merced que parta de mi mano, pero deja que te lo explique. Bogdán Gólubev, mi tío abuelo, el hombre que mandó construir este caserón, vino al mundo acuciado por la pobreza. Sus padres fueron campesinos sin tierra, sin agua y sin pan. El sol salía para verlos trabajar y perecer sobre la piel ingrata de la patria. Eran poco menos que esclavos en la Rusia de los zares. Si hablé del vino que tiñó de rojo el Mar Negro, también podría hacerlo de la sangre derramada en campos que nunca fueron de batalla, sino de miserias. No te haces idea de las veces que un hombre muere en lucha contra el hambre, la enfermedad y la injusticia. Pero no, amigo mío, no voy a evocar ahora la tristeza.

»Al igual que a ti hoy, a Bogdán le ofrecieron algo que transformaría su vida y que no dudó en aceptar. Se trataba de formar parte de una élite de personas que denominaremos “*Non Speculum*”. Has de saber que ese privilegio no lo otorga el capricho de sus integrantes, sino la esencia de la causa a la que se entregan, y que en nada influye el origen, la cultura o la hacienda del elegido.

—¿*Non Speculum*?

—Son varias las razones para ese nombre, la primordial es que el resto de mortales no deben percibir ni un reflejo de nuestra singularidad. Como el nuestro hay siete grupos repartidos por el mundo. De ellos conocemos su existencia y que son autónomos e independientes.

—¿Por qué yo?

—Por la misma razón que las nubes vierten el agua en el mar del que la recogen. A partir de ahora, Graciano, vas

a disponer de una atalaya que te dará otra perspectiva de las cosas. Basta de seguir la orilla por la que caminas arrimado al mar, es hora de sumergirse en él. Acompáñame, quiero que observes detenidamente la escultura de la entrada.

Vitaliy pasa bajo el dintel de piedra seguido por su invitado y tras hacerse a un lado lo invita a situarse junto a la estatua.

Con una envergadura de casi tres metros de alto la presencia del ángel sobrecoge el ánimo de Ayensa.

—¿Qué tal te llevas con Dios? —pregunta el moldavo.

—Digamos que no somos tan íntimos como debiéramos.

—Respondes con una frase hecha sin sospechar cuán atinada es. Nuestra dificultad no es la de creer, pues la fe es una de las muchas herramientas al servicio de la necesidad, el problema es acercarnos lo suficiente como para llegar a entenderlo. Nos queda muy lejos y es demasiado grande. Le otorgamos tantos atributos que resulta imposible iniciar una relación sin que aparezca el temor a que nos aplaste su magnitud. ¿Y qué se espera de nosotros? Sumisión, humildad y renuncia. Ante Él somos la expresión de la insignificancia. Jamás perderá un segundo de su eternidad en salvar del hambre al hambriento, ni de la sed al sediento. Y yo me pregunto: ¿cómo es que no se ejecuta de inmediato su Divina Misericordia?... Sabe qué hicimos, lo que hacemos en este momento y qué decisiones tomaremos a lo largo de nuestra vida. ¿Dónde queda la libertad si nuestro futuro está definido por el omnisciente conocimiento de Dios?

Vitaliy hace una pequeña pausa, y prosigue:

—No te quepa la menor duda de que la libertad es algo irrenunciable por lo que debemos luchar, y para alcanzarla tenemos que recuperar el Edén del que nunca debió expulsarnos, el lugar donde solo la inocencia de nuestros padres reveló a Dios el pecado cometido. Un Paraíso que estaba aquí, en la tierra, y del que

disfrutaríamos en cuerpo y alma... Para elegir hay que disponer de todo, y para volver a tenerlo todo es necesario optar por un camino que Él no pueda contemplar.

—¡Pero eso no es posible! ¿A dónde quieres llegar?

—Mira —responde Vitaliy, y acciona un mecanismo camuflado en la colosal figura para que una entrada quede expuesta.

Al mismo tiempo Graciano es asaltado por una extraña visión: la espada que empuña el ángel se enciende con las llamas de un fuego sobrenatural. La luz que desprende ilumina la escalera y la muestra como si fuera el retablo de un altar. Desde la trampilla abierta en la base salen religiosos que se arrodillan en devota plegaria. Más arriba la techumbre desaparece y deja al descubierto un espacio de cuerpos celestiales. Estrellas, cometas, planetas, satélites y asteroides gravitan en aparente orden. Ayensa experimenta un placer vital nunca antes sentido y el convencimiento de que le bastaría con extender el brazo para apropiarse de aquellas maravillas. Con solo desearlo puede tener entre sus dedos el sol más brillante o, si lo prefiere, contemplar el lado oculto de la luna.

—¡Graciano! ¿Qué te sucede?

La voz de su anfitrión lo devuelve a la realidad, el fuego se extingue y la espada recobra la consistencia del mármol.

—Nada, nada. Disculpa, creo que...

—¿Te encuentras mal?

—No, no se trata de eso. Estoy influenciado por esta fantasía. La casa, el vino y la historia de los deseos concedidos excitan mi imaginación.

—Tendrás que reordenar tu mente para hacerle sitio a lo que denominas fantasía. Bien, acompáñame. Cuidado con la cabeza, según se baja el pasillo gana en altura y podremos caminar erguidos.

El desconcierto de Graciano le impide pensar con claridad. Por un lado cree que su anfitrión insiste en gastarle una sofisticada broma; por otro, que nada puede ser más real. Sentimientos contradictorios lo estimulan con la idea de un universo al alcance de la mano y lo

atemorizan con lo que pudiera hallar tras la boca abierta en la base de la escalera. La abertura apenas se eleva un metro veinte del suelo, pero dispone del ancho suficiente para atravesarla sin dificultad.

—Un momento, no estoy seguro de querer continuar.

El hijo mayor del vizconde lo mira interrogante.

—¿Que no estás seguro? ¿Y cómo podrías estarlo? La única certeza es que los días pasan menoscabando nuestra juventud, y que el camino más corto siempre nos conduce a la muerte. Tu miedo es el miedo a vivir. Ahí abajo te aguarda la libertad —dice, señalando la entrada del pasadizo—. La posibilidad de que rompas de una vez y por todas con la incertidumbre, la pobreza, la enfermedad y el drama al que te somete este valle de lágrimas. No te ofrezco la eternidad, Graciano, porque somos carne, y la carne está condenada a descomponerse en cementerio. Pero si la vida es un sueño del que un día despertaremos, ¿qué mal hay en seguir soñando?

En los labios de Ayensa aflora una sonrisa entre resignada y complaciente, y responde con otra pregunta:

—¿Cuántas entradas secretas amparan los muros de esta casa?

Vitaliy no reprime una sonora carcajada.

—La de la biblioteca y esta son las que más se utilizan.

—¡Es increíble!

—Sí, en ocasiones pienso que mi tío abuelo me contó una fábula y en realidad era un incansable minero — exclama Vitaliy, que continúa riendo.

El pasadizo, de un desnivel superior al de la bodega, dispone de pasamanos a ambos lados y, hacia la mitad, de una defectuosa bombilla ennegrecida por el polvo. Nada más adentrarse en él se hace notar un áspero aire y el tenue resplandor que llega desde el final, cuarenta pasos más adelante. Diseñada en los márgenes de una cueva, la gran cámara en que desemboca es un polígono de cinco lados con una bóveda irregular que oscila entre los cuatro y seis metros de altura. De norte a sur doce columnas de mármol

negro con adornos dorados en la basa y el capitel recorren, en paralelo, los dos muros más largos adaptando el fuste a la distancia que separa el suelo del techo. En el extremo más septentrional, decorado con una cortina de terciopelo rojo, la figura de un ángel da forma al sitio de madera que, ubicado sobre una plataforma, preside el lugar. Delante, formada por dos bloques de piedra sobre los que se ha colocado un tercero, una mesa de ceremonias; y encima, en medio de dos candelabros de oro, un cáliz de plata y una cajita de alabastro.

—¡Extraordinario! —exclama Graciano, que no sale de su asombro —. Jamás hubiera sospechado la existencia de algo así bajo la casa.

—No te extrañes, querido amigo, advertimos mucho menos de lo que tenemos delante, pero más de lo que llegamos a comprender.

Aún bajan unos peldaños hasta alcanzar la sala. El olor y sobre todo la luz de las arañas de tres brazos que rematan en círculos repletos de velas recrean un ambiente nebuloso, casi líquido, dominado por una energía contenida.

—Se diría que el aire se puede tocar.

—Tienes razón, esa es la sensación que tengo desde la primera vez que bajé a esta gruta. Es probable que se deba a la humedad de sus paredes..., o a la difusa danza de las sombras al son de los cirios. ¡Quién sabe!

El moldavo guía a su invitado hasta las tres grandes piedras que conforman la mesa.

—He aquí mi secreto inconfesable —asevera jubiloso, alzando los brazos —. Y mi deseo es el que hará posible los tuyos: quiero que seas un hombre nuevo, un *Non Speculum*.

Graciano no participa de tan extraordinarios acontecimientos con el mismo regocijo. Tiene la impresión de ser un espectador sin posibilidad de tomar decisiones. Su voluntad es como la de un árbol que ve alejarse o llegar la lluvia, azotar o acariciar el viento. Está ahí, en medio, a la espera de cuanto tenga que pasar sin que pueda apartarse para evitarlo.

—Mira, este es el cáliz del que has de beber, lo asirás con tu mano derecha. Después abrirás la caja de alabastro con la izquierda y tomarás la esfera que contiene sin mirarla más que un instante. Luego te sentarás en el sitial del ángel y al tiempo que apuras el brebaje de la copa llevarás el objeto de ámbar, aprisionado en el puño, junto a tu corazón.

—¿Qué contiene la copa?

—Nada de lo que te debas preocupar. Aunque ahora te cueste comprenderlo su contenido se transforma según se bebe, porque se colma en la misma medida que se agota. En un principio te será imposible identificarlo, pero después reconocerás en él la esencia de Alina. Su virginidad es el umbral de una entrada que siempre querrás atravesar, el sabor de los deseos que se cumplen.

Las últimas frases lo sacuden con una agitación que el miedo aprovecha para instalarse en el cuerpo. La inocencia de su prima es el ingrediente sin el que todo lo demás carece de sentido, la ofrenda de un sacrificio que pretende burlar al creador. Ayensa se controla, le gustaría huir de semejante trance, pero cree que es demasiado tarde para echarse atrás. Sube a la plataforma y se coloca entre el sitial y la mesa de piedra. Está dispuesto a cumplir con lo dicho y terminar cuanto antes.

—¿Eso es todo?

—Sí, es todo —responde Vitaliy, y a continuación le hace un gesto para que se detenga. —Antes de comenzar permíteme unos segundos, he de retirarme. Esto es algo que debes abordar solo. Pero no te preocupes, estaré pendiente de ti tras esa puerta.

Mientras la señala, se dirige hacia el lado más reducido de la cueva donde en efecto hay una puerta metálica que ocupa su frontal. Camina hacia atrás con la mirada puesta en Graciano como si pretendiera prolongar su presencia, sin parar de alejarse, y calmar la inquietud que asoma en los ojos del amigo. Al fin se gira y su imagen se disipa en la vaporosa atmósfera que respira la sala. La gruta parece aumentar de tamaño y al mismo

tiempo ceñirse sobre Ayensa. Casi puede percibir el frío que rezuma la roca, y sentir que se le acerca cristalizando el aire a su paso.

Al iniciar el ritual no puede evitar que las manos le tiemblen. Con la derecha coge el cáliz y comprueba que el tacto de la plata es cálido, como si el líquido del interior, negro y saturado de reflejos, la mantuviera caliente. Con la otra abre la caja de alabastro y se hace con el contenido sin apenas reparar en él, para luego encerrarlo en el puño. Un paso atrás y se sienta. Las sienes acumulan una tensión insoportable cuando sus labios advierten el brebaje de la copa. El trago es amargo hasta quemar en la garganta, lo apura, y dirige la esférica resina junto al costado izquierdo. Tras unos instantes de aturdimiento descubre que los latidos en su pecho menguan con la misma intensidad que crecen en el ámbar. Su mano cerrada apenas puede contener la presión que los rítmicos golpes ejercen para abrirle los dedos, y Graciano teme que el corazón se le escape. Intenta alzarse pero el ángel al que da forma el sitial lo impide envolviéndolo con sus alas. En medio del forcejeo se queda sin fuerzas, la vista se le nubla, y se hace la oscuridad.

Recupera el conocimiento sin que alcance a reconocer algún color. Sabe que está en la cámara de las doce columnas por el embelesado aire de unos cirios que no puede distinguir. Continúa sentado en el sitial de madera. Se levanta extendiendo los brazos y un primer paso es suficiente para que tropiece con la piedra ceremonial. A tientas la bordea y busca el escalón para bajar de la plataforma.

«Graciano, tranquilo, estoy aquí».

—Vitaliy, ¿eres tú? ¿Por qué está tan oscuro? ¿Dónde estás?

«Cerca de ti».

—¿Qué les pasa a mis ojos? Sé que las velas siguen encendidas.

«No miras a través de ellos».

—¿Dónde estás? ¡Por favor, ayúdame!

«Cálmate. Estamos aquí para mostrarte el camino».

—¿No estás solo? ¿Quién te acompaña?

«Alguien que te enseñará a caminar en ausencia de luz».

Con las manos temblorosas y empapado en el sudor de un miedo que no cesa, asume que no hay otra salida que la de seguirle la corriente. Respira hondo un par de veces y procura serenarse.

«Lo estás haciendo bien. Ahora dime, ¿qué ves?».

—Nada, no veo nada... Espera, sí, creo que hay algo que se mueve, debes de ser tú.

«No, es el guía. Has de seguirlo sin dejar que la incertidumbre te asalte. Te conducirá por el atajo que en adelante tomarás para obtener tus deseos. Ve tras él sin desconfianza porque en su naturaleza solo impera el afán de servirte. Eres un *Non Speculum*, su Señor».

—¿Seguirlo? ¿Cómo podré hacerlo?

«No preguntes y ve tras él, síguelo, síguelo...».

La voz de Vitaliy pasa a ser un eco que se apaga hasta desaparecer. Tras un primer e indeciso paso, Ayensa es consciente de que los obstáculos están en la mente y los temores en el corazón. Sabe que la única salida se dibuja más allá de una casi imperceptible sombra que solo ve cuando se mueve y, aunque la presente diabólica, decide seguirla. A partir de ahí los pies vencen la ciega torpeza que los inmoviliza y pasan a dar zancadas que lo aproximan a los límites del espacio y el tiempo. La agilidad adquirida se une a un furtivo goce que lo obliga a perseverar en una única idea: la de encontrar el objeto de sus deseos. Entonces surge el jardín y sus enormes vasijas llenas de geranios, los manzanos, los perales, el camino de piedra cercada por la hierba y un poco más arriba la casa de cuyas paredes cuelgan macetas. Es el lugar, es el momento y Alina lo espera impaciente.

Abre los ojos como nunca antes los había abierto. Tiene el cáliz en la derecha, el ámbar en la izquierda, junto al corazón, y el sabor de Alina en la boca. Vitaliy está frente a él, más allá de la mesa de piedra compartiendo

una sonrisa. No hacen falta palabras, los dos pueden caminar en ausencia de luz y viajar por senderos ignorados de Dios.

Esa noche apenas logra dormir, las pesadillas lo despiertan una y otra vez hasta que los deseos se confunden con los sueños, y los sueños con la realidad.

El nuevo día le regala una mañana luminosa. La isla se compromete con un mar de caminos despejados hasta el horizonte y la vida con la oportunidad de instantes irrepetibles. Mientras se dirige a la casa de su prima tiene la sensación de que respira para saber del perfume que vuela en el aire. Pasa por la piscina que aún refleja la desnudez de la niña, por el jardín que rivaliza con su hermosura y por los latidos de un corazón que acelerado resuena en el cobertizo; pero ahora nada le infunde miedo porque algo más trascendental supera a la obsesión. Le resulta fácil reconocer que este es el lugar, el momento, y que nunca antes tuvo tanto donde elegir, pero es consciente de que solo un deseo lo acercará a la libertad.

Llega junto a la puerta, se para un instante, da media vuelta y se va. Sabe que todo ha sido un sueño del que acaba de despertar.

.

Yo deseaba ser sacerdote

© Antony Sampayo Peña (Ansape)
ansapehindu@hotmail.com

Desde que gateaba lo tenía entre ceja y ceja. Muy niño solía acompañar a mamá a la iglesia y allí observaba, embelesado, al ministro que oficiaba la misa y yo fantaseaba que tomaba su lugar y continuaba con la celebración litúrgica y que los feligreses presentes aplaudían y luego se arrodillaban ante mi prédica.

En los juegos infantiles mi disfraz favorito era vestirme con sotana y luego empezaba a impartir sermones a mis amigos, fue tan repetitivo el hecho que terminaron por bautizarme «El Cura», apodo que en lugar de incomodarme recibí con orgullo.

Mis padres, que no eran ajenos a esta situación, lo miraban con buenos ojos, comentaban que salí igualito a tío Fermín, hermano de mamá, pero que, sin duda, lo superaría, pues si éste, que se inclinó por la religión a la edad de treinta años —luego de salir de la cárcel donde ingresó acusado de malversación de fondos públicos—, llegó a ser pastor evangélico, yo, que empecé a dialogar con Dios cuando todavía utilizaba pañales, mínimo llegaría a cardenal, y que con un poco de suerte y con el apoyo necesario podría incluso ocupar en el futuro el sillón principal del Vaticano; y es que a la edad de diez años sabía de memoria todo lo relacionado con la liturgia católica, oraba al levantarme, al acostarme, al comer, al beber agua y hasta cuando iba al baño, y cargaba en forma permanente una pequeña biblia debajo del brazo. Llevaba una existencia de santurrón para la alegría de pocos y el odio de muchos.

El interés desmedido por convertirme en sacerdote alimentó mi infancia y parte de la juventud, y solo los avatares y los placeres del mundo se interpusieron para que hoy en día no posea una sotana de verdad. Tales sueños me trajeron problemas, pero también alegrías, y la máxima fue haber entablado una comunicación con Dios y su consentimiento para actuar favorablemente, en su nombre, en determinadas circunstancias.

Yo era tan bueno y tan disciplinado que hasta parecía tonto, y tan servicial y tan regañón que fui catalogado como entrometido. Pero, igual, no me arrepiento, el bien siempre estuvo de mi lado, tanto así, que a pesar de que mi niñez estuvo plagada de historias de fantasmas, varias espeluznantes e inolvidables en mi círculo de amistades, nunca conté con la desdicha de toparme con uno. La más increíble les sucedió a los gemelos Castro, un par de niños de diez años que vivían enfrente de mi casa, a quienes les salió el Diablo. Resulta que una noche ellos le faltaron el respeto a su madre y ésta los castigó enviándolos al patio, y no ajustaban ni cinco minutos allí cuando sus gritos de auxilio se escucharon en medio vecindario; un tipo grande y negro que surgió de la nada, y cuyos ojos despedían chispas los miraba feo. Los nervios que los invadieron a partir de entonces los convirtieron en inseparables, se decía que hasta al baño los gemelos entraban juntos y caminaban casi que tomados de las manos con tal de no perderse de vista el uno del otro ni tan solo un instante.

No menos increíble fue la historia de José, un vecino tartamudo de nueve años, a quien mientras dormía le arañaron una pierna, a raíz del pánico que experimentó quedó, para siempre, más tartamudo que antes y gagueaba hasta para pronunciar monosílabos.

Rosita, la de la tienda de la esquina, una preciosa niña de trece años, a la que sus padres encerraron toda una noche en un cuarto porque la descubrieron besándose con un chaval dos años mayor que ella en el patio del negocio, casi pierde la razón cuando notó que dentro de su habitación de sanción se hallaba un gigantesco perro negro

que no cesaba de mirarla y de gruñir. Rosita nunca volvió a posar sus labios en los labios de otro y prefirió ingresar años después a un convento. Y sin ir muy lejos, a mi hermano cuando contaba con once años le halaron el cabello mientras dejaba correr agua sobre su cuerpo en el baño, y eso que fue a plena luz solar, lo que desmiente que los seres del otro mundo solo salen en la oscuridad. Recuerdo que el suceso acomplejó tanto a mi hermano que de inmediato imploró a papá que lo rapara, pues por ningún motivo deseaba que cualquier extracto u olor del más allá permaneciera anidado en su cráneo; la forma en que posteriormente quedó su cabeza provocaba risa y fue objeto de muchas bromas pesadas, pues en aquel melencólico tiempo el tipo de corte de cabello bajo no solía utilizarse, pero aún así mi hermano jamás volvió a dejar crecer su pelo.

Cuando mi vida cambió por primera vez tenía doce años. Fue una mañana en la que los gritos de mi madre alarmaron a la familia, mi hermana menor amaneció enferma, su frente estaba tan caliente que despedía vapor. Una anciana, vecina, la auscultó y su dictamen no pudo ser más desalentador: «Mal de ojo. Y eso no lo cura ni médico ni medicina de este mundo, solo lo puede hacer un rezandero que conozca los secretos del más allá y los del más acá». La anciana recomendó que fuera pronto con la Negra Felipa, sus servicios costaban un ojo de la cara pero era eficiente, y mamá no se hizo de rogar; fue una decisión que truncó mis futuras esperanzas eclesíásticas.

La Negra Felipa era una mujer de color negro y de edad madura, alta y corpulenta, que ganaba su sustento leyendo el tarot y efectuando trabajos de hechicería para los buenos y para los malos. Vivía a pocos pasos de nuestra vivienda. La odiaba, pues a pesar de mi corta edad consideraba que esa tipa contribuía a que muchos ignorantes se fueran de cabeza hasta el mismísimo infierno, al inculcarles conocimientos y prácticas rechazadas por Dios; pero también la temía, parecía notar en su mirada la condenación eterna.

Aproveché que mamá salió en busca de la Negra Felipa y me acerqué, compungido, hasta donde mi hermanita. A pesar de que por ratos la detestaba porque acaparaba la atención y el cariño de mis padres en su condición de hija menor, verla allí tendida e indefensa me rompía el alma. Coloqué una mano sobre su frente y empecé a orar, supliqué a Dios que la sanara, y no transcurrió ni un minuto desde que inicié la oración hasta que su fiebre desapareció. Una mezcla de emociones me embargó: alegría, sorpresa y miedo. Enseguida me arrodillé y empecé a agradecer al Señor, pero de pronto la puerta del cuarto se abrió en forma brusca y mamá ingresó acompañada de la Negra Felipa; y, sin poder contener la emoción, me levanté y le dije que Dios había sanado a la niña. Mamá no prestó atención y continuó su camino, llegó hasta mi hermana, tocó su frente y se persignó aliviada. Sonriente le dijo a la Negra que ya no eran necesarios sus servicios pues la niña se encontraba en perfecto estado. Sonreí orgulloso y mi inmadurez juvenil esperó en vano un reconocimiento que consideró merecer. La Negra asintió y dio media vuelta, pero antes de salir de la estancia me dirigió una mirada asesina; fue cuando comprendí, asustado, que acababa de ganarme su aversión.

Aunque en un principio también llegué a pensar que la cura de mi hermana solo se pudo tratar de una casualidad, posteriormente salí de dudas con mi abuela. La embargaba un fuerte dolor de cabeza, la pobre aullaba, una serie de analgésicos de diferentes marcas no había sido suficiente para aliviarla. Papá, que estaba que se volvía loco a raíz de la preocupación, salió en busca de un taxi para transportarla al hospital, y aproveché para repetir la oración que efectué con mi hermana: coloqué mi mano en su frente y oré, cuando papá llegó con el taxi la encontré sonriente y juguetona, narrándome un cuento. Con palabras entrecortadas, producto de la emoción, le referí a papá lo que hice con la ayuda de Dios, pero tampoco prestó importancia; hoy acepto que aquellas eran situaciones muy difíciles de creer.

Descubrir que Dios hacía milagros usándome como instrumento me comprometió más con la causa. Casi no había noche en la que no asistiera a la iglesia del barrio, ni momentos en los que no estuviera arrodillado orando. Mi almohada era una biblia. Escuché a mis padres manifestar: “Ahora sí, o se nos beatificó el muchacho o se nos enloqueció”.

Empecé a estar pendiente de los enfermos del vecindario para visitarlos, llevarles frutas y orarlos, tratando a como diera lugar de que mi actitud pasara desapercibida, en la mayoría de los casos Dios obró en ellos, y yo evité hacerme acreedor a méritos que ya comprendía que no merecía; pocos analizaban que sus seres queridos aliviaron segundos después de que yo saliera de sus respectivos lechos de enfermos.

En esos tiempos concluí que mi barrio se encontraba influenciado por la Negra Felipa, no existía enfermedad, conflicto matrimonial, social o laboral que los habitantes no colocaran en sus manos, por lo que me valí de tales visitas benéficas para reprenderlos e instarlos a que buscaran de Dios so pena de caer en el infierno; mi intrepidez llegó a tanto que a veces me colocaba cerca de la casa de la Negra Felipa, interceptaba a sus clientes y luego los sermoneaba, a algunos lograba hacerlos desistir de consultar con ella, y a los que no, les sembraba la duda.

Pero reconozco que fui muy lejos. La Negra Felipa, que de por sí me odiaba desde que le arrebaté el «pan de la boca» en el caso de mi hermana, estaba al tanto y acechaba el momento oportuno para atacar. Y este se dio una tarde en que regresaba solo de la escuela. Durante el trayecto era inevitable atravesar por un sector solitario, lleno de bodegas que permanecían cerradas. Y fue cuando ella apareció de la nada frente a mí. Se cruzó de brazos con cara de fastidio, luego extrajo unas tijeras y sonrió con odio. Mi primera reacción fue correr, pero mis zapatos quedaron clavados al piso, estaba petrificado, mis pantalones se humedecieron; pero ella solo caminó hasta

mí y sin pronunciar palabra alguna cortó un mechón de mis cabellos. Entonces anunció que aunque no le faltaban ganas prefería no matarme de inmediato, —suspire—, eso sería hacerme un favor, mi muerte sería lenta, con una larga agonía, me costaría respirar, tendría problemas para ir al baño, y para finalizar, en mi garganta cerrada no entrarían ni líquidos, que todo eso era para que aprendiera que las cuestiones ocultas se respetan. Se marchó dejando en el ambiente una tétrica carcajada que aún hoy respiro.

Oculté a mis padres lo sucedido con la Negra Felipa. Temía que el asunto terminara en un lío de grandes proporciones, ella vivía junto a tres hermanos buscapleitos que se dedicaban a actividades desconocidas pero lucrativas, pues se desplazaban en carros lujosos con vidrios polarizados, vestían ropas de marca, y varias veces los vi borrachos haciendo tiros al aire, y por otra parte mi padre era de los que cogía rabia con facilidad y se tornaba violento. Mi esperanza era que la maldición de la Negra no surtiera efectos; pero cuán equivocado estaba.

A la semana del suceso caí en cama. Perdí el apetito y las ganas de sonreír. Mis padres me llevaron con el médico, quien luego de revisar los resultados de cientos de exámenes concluyó que lo mío era emotivo, mi organismo se encontraba en perfecto estado, les aconsejó que mejor averiguaran conmigo si alguna chica malvada dejó de amarme. Pero no tuvieron necesidad de hacerlo, de sobra sabían, y yo lo expresaba a cada instante, que a pesar de que no dejaba de sentir una fuerte atracción por las niñas lindas, mi existencia decidí consagrarla a Dios y que ninguna chica podía interponerse entre Él y yo.

La fiebre y el desánimo en mí persistían, y a pesar de ello me mantenía renuente a contarle a papá sobre la Negra, igual mantenía las esperanzas de que su brujería no fuese tan efectiva como para ocasionarme verdadero daño, pero luego de ser llevado a cinco médicos y acumular treinta días seguidos postrado acepté la realidad. De todas maneras mantuve la boca cerrada, incluso cuando escuché

a mis padres decir que me llevarían con la Negra Felipa para que me curara, entonces pateando repliqué que si lo hacían no tomaría más medicinas ni tampoco la dichosa y diaria sopa dizque «levanta-muertos», y así los forcé a desistir, pero ya era consciente de que había que actuar rápido, pues como pintaba la realidad mi demacrado cuerpo estaba a poco de recibir varios palazos de tierra encima, ya ni siquiera me daban ganas de ir al baño y sufría de unos terribles dolores de estómago.

Entonces solicité que me llevaran con el sacerdote de la iglesia de nuestro barrio, aquella a la que yo no faltaba en las noches. Mi madre estalló en llanto porque pensó que yo deseaba recibir la extremaunción, pero le manifesté que solo ansiaba confesarme.

El sacerdote me conocía de vista, y su mirada se entristeció cuando me llevaron cargado hasta él, expresó que con justa razón llevaba tantos días sin verme en la iglesia. Rogué a mis padres que me dejaran a solas con el cura y luego le conté a éste toda la verdad. Él se sorprendió, y manifestó que las cuestiones ocultas son muy fuertes y difíciles de combatir, que la Negra Felipa probablemente utilizó el mechón de mi cabello para crear un muñeco y enterrarlo amarrado a dos sapos secos, una vieja arma de magia negra que es suficiente para llevar a la tumba en menos que canta un gallo al desdichado elegido. Preocupado pregunté que si se podía hacer algo, y respondió que existen tres maneras para contrarrestar los efectos de tan poderosa maldición, la primera es hallar el sitio del entierro, extraerlo y tirarlo a un río, la segunda es que el afectado atraviese el mar, se dirija hacia otro continente, y el tercero y el más efectivo es Dios, Él es más fuerte que todo y que todos; era menester realizar un exorcismo, pero advirtió que mis padres debían estar al tanto, dado el riesgo que encerraba.

El exorcismo para combatir los espíritus malignos lo practican los sacerdotes católicos con agua bendita y sal, mucha reprensión y sudor a chorros. Pasamos un par de días en ello, hasta que el sacerdote cantó victoria. Mamá debió emplearse a fondo para poder contener a papá, que

desde que supo que la Negra Felipa era la culpable de mi enfermedad amenazaba con ir a su casa armado con un machete.

Una semana después abandonamos Barranquilla, mamá nunca superó el temor de que la bruja volviese a atacar, o que en la próxima borrachera de papá éste recordara el tema. Lo rescatable de la enfermedad que padecí fue comprender que también importaba a mis padres, porque suponía que solo amaban a mi hermano mayor y a mi hermana menor.

La segunda vez en que mi vida cambió, iba, junto a mi familia, montado en un camión de mudanzas. Nuestro nuevo destino fue una próspera población del departamento de La Guajira, Colombia. Un viejo amigo de papá aguardó el tiempo necesario con alojamiento y protección mientras logramos ubicarnos. Atrás no solo quedó el peligro que representaba la poderosa y malvada bruja apodada Negra Felipa, también el empleo de papá en un almacén de electrodomésticos, mis amigos y la vieja iglesia del barrio; aunque llevé intacto conmigo lo más importante: los deseos de ser sacerdote.

No es fácil empezar de cero en una cultura diferente, pero no dudo que contamos con ayuda divina. Papá consiguió empleo en una empacadora de sal, y por si fuera poco, el gerente de dicha empresa no puso reparos en concederle un anticipo que sirvió para cambiarnos de casa. Con su primer sueldo y algunos ahorros que hasta ese instante cuidó con celo, papá organizó una parranda en casa, a la que asistieron la mayoría de los vecinos. La música de acordeón, —aire tradicional de la región—, y el whisky que circuló esa noche fueron más que suficientes para que se granjeara el afecto generalizado. Fue la primera vez que nuestro fogón ardió ante los deliciosos atributos del friche²⁹ y quedamos prendados, pues desde aquel momento heredamos la costumbre guajira de tener al

²⁹ Guiso de cabrito típico de Colombia

chivo como invitado especial en nuestra mesa en fechas especiales.

El ingreso de mi hermano en sociedad no fue menos triunfal, una mañana lo descubrieron realizando malabares en solitario con su balón y de inmediato le fue ofrecida la capitanía del equipo del barrio que competía en un torneo local en la categoría infantil, y cuyos resultados deportivos no eran los mejores.

Mi hermanita tampoco se quedó atrás, la muñeca que caminaba y hablaba que llevó desde Barranquilla atraía todos los días desde tempranas horas a decenas de chiquillas de los alrededores.

Para mamá, aparte de la tranquilidad que le otorgó estar a cientos de kilómetros de la Negra Felipa, nada fue diferente, pues era de esas mujeres chapadas a la antigua, hogareñas y hacendosas que siempre aguardan pacientes a su esposo en casa. Igual le resultaba que viviéramos en Barranquilla o en cualquier otra ciudad del mundo.

En cambio para mí si fue complicado, y comprendo las razones, un niño de doce años portando siempre una Biblia debajo del brazo, de hablar pausado y educado, vistiendo elegante y saludando a diestra y siniestra con bendiciones, no debía resultar atractivo como para convertirse en un amigo ideal. Aunque la mayoría de los adultos del vecindario eran amables y escuchaban con paciencia la prédica católica que empecé a llevar a sus hogares, los niños de mi edad no me determinaban. Para ellos yo era simplemente un bicho raro al que había que mantener a raya pues mi vocabulario empezaba y terminaba con Dios y de mi lengua solo brotaban sermones y consejos. Tiempo después supe que también detestaban que sus padres me colocaran, en forma constante, de ejemplo ante ellos.

Asimismo, asistir a misa fue complejo, pues la única iglesia de la población se hallaba ubicada a mucha distancia de nuestra casa, y la ceremonia litúrgica diaria se efectuaba en horas de la noche, y en pleno auge en la región de la Bonanza Marimbera mucha gente andaba

armada y borracha, y era común que algún inocente desdichado se tropezase con una bala perdida, por lo regular el cementerio local amanecía a diario con nuevos cadáveres en espera de identificación, de tal manera que en un principio debí conformarme con solo asistir a la iglesia los domingos a la misa matinal, de la mano de mi madre.

Así cumplí los trece años de edad, y mientras arrastraba el penoso récord de no contar con un solo amigo, de que a esas alturas no sabía volar una cometa, de nunca haber tirado un trompo y ni siquiera de saber jugar a bolita de uñitas, la popularidad de mi hermano iba en aumento. El equipo de fútbol que comandaba empezó a escalar en la tabla de posiciones del campeonato y sus compañeros empezaron a verlo como a un héroe. Las chicas del vecindario se morían por él, y gracias a ello tuvo su primera novia a la edad de catorce años (un récord para ese entonces); la segunda, la tercera y la cuarta ocurrieron en el mismo lapso, según me confesó tiempo después.

Mi hermanita también arrasaba en popularidad, cuando su muñeca empezó a perder atractivo, ella sacó el as bajo la manga: el juego de cocina de cien piezas que recibió en su quinto cumpleaños. Pero su éxito no se detuvo allí, pues para esa época su larga cabellera fue determinante para que también ganara un concurso de belleza que organizaron en su escuela.

Papá se afianzaba en su trabajo y poco a poco compraba enseres nuevos para la casa, ya que por falta de espacio en el camión de mudanzas que nos trajo desde Barranquilla debió dejar tirados allá algunos enseres viejos; nuestro nuevo hogar iba tomando vida.

Yo continuaba leyendo a mis vecinos pasajes de la Biblia, pero arrastraba una gran frustración: echaba de menos asistir a la misa diaria, y ello me producía ansiedad; entonces el factor divino intervino de nuevo a mi favor; un día el dueño de la vivienda en la que habitábamos en arriendo, aceptó una inesperada y jugosa propuesta por su

propiedad, y la nueva casa a la que nos pasamos con urgencia estaba ubicada a pocos metros de la iglesia, ¡aleluya!

Ahí sí pude dar rienda suelta a mi pasión por escuchar la eucaristía, ¡qué lejos estaba de imaginar que precisamente de aquel templo emergería uno de los frenos para mis aspiraciones sacerdotales!

Mis padres acordaron conmigo un horario especial para que pudiera continuar con el crecimiento espiritual sin descuidar los estudios. De mañana asistía a la escuela hasta el mediodía, de dos de la tarde hasta las cuatro realizaba las tareas, de cuatro a seis visitaba a mis nuevos vecinos para llevarles a sus casas La Palabra, y a las siete de la noche escuchaba la misa en primera fila.

Cuando acumulaba un mes asistiendo a la iglesia el sacerdote se acercó y me felicitó por la constancia y la fe que yo demostraba a tan corta edad, y como premio me invitó a formar parte de su séquito de monaguillos, — luego de que le confirmara que ya había recibido la Primera Comunión—, lo que acepté al instante. Entonces llamó y me presentó a un acólito de nombre Julián, un chico un par de años mayor que yo, y cuando este me dio su mano la sentí con una humedad fuera de lo común y un estremecimiento recorrió mi espíritu; pero resté importancia. Noté que Julián poseía un extraño rictus nervioso, movía en forma incesante sus pestañas; más adelante me enteré que lo apodaban «Pestañitas», y que su manía solo se le presentaba en momentos especiales. El sacerdote indicó que Julián era el líder de los monaguillos y que por lo tanto yo debía seguir sus consejos e indicaciones; mi vida había cambiado por tercera vez.

Ser monaguillo fue recibir un adelanto en mis sueños sacerdotales, ahora formaba parte de una celebración litúrgica, ya portaba una sotana y no me importaba que poseyera un color diferente a la de un sacerdote. El orgullo de mis padres se acrecentó y empezaron a ir con más

regularidad a misa, y una de sus mayores motivaciones era verme en el estrado.

Pero no todo era color de rosa. Mi vocación religiosa me trajo problemas en la escuela. Algunos compañeros, carentes de todo temor a Dios, se burlaban de mí y hasta me acosaban. Les molestaba mis excesivas bendiciones, que no participara en ninguno de sus juegos ni en sus travesuras, y que yo en algunas de estas últimas, en mi afán por ser correcto en todo sentido, las delatara ante los profesores. No fueron pocos los golpes que recibí y a los que no respondí, atendiendo el pasaje bíblico de colocar la otra mejilla, pero también por la extrema debilidad que me gastaba, era demasiado flaco; en forma constante mi hermano, que estaba en un grado escolar superior, era llamado: «Pilas, a Antony le están pegando», y debía correr a defenderme; y es que con él las cosas eran a otro precio, pues mientras yo ejercitaba el espíritu él ejercitaba el cuerpo, era excelente para tirar golpes, su sola presencia intimidaba y bastaba para que las agresiones contra mí cesaran. Eran mis mayores pecados de aquel entonces y no dejaba de implorar perdón a Dios, gozaba cuando mi hermano golpeaba a los que me golpeaban.

Con lo de las chicas también tuve un lío. Las hermosas me agradaban, pero disimulaba. A algunas notaba que igual les gustaba y que trataban por todos los medios de conquistarme, pero supe resistir, a pesar de que acepto que la tentación era enorme y muchas veces debí pedir fortaleza al Cielo para no sucumbir, sobre todo cuando quedaba a solas con ellas. Por tal situación varias me catalogaron de tonto, y supongo que de muchas otras maneras menos viriles.

Yo pasaba orando; lo hacía por mi familia, por mi nuevo pueblo, por Barranquilla, por Colombia, por el mundo, y hasta por la Negra Felipa. Y esto último era primordial. A pesar del daño que me causó y las intenciones malignas que tuvo para conmigo, conocía por las enseñanzas bíblicas que ella era una elegida de Dios,

sus dones venían del Cielo, pero por desconocimiento permitía que Satanás los usara en su provecho... “El único que otorga dones es Dios, y solo deben utilizarse para realizar el bien”. La vida me permitió estar presente, muchos años adelante, en la muerte de la Negra Felipa, y siento plena satisfacción por tener que ver con ello.

Julián, el monaguillo en jefe, vivía cerca de mi casa, y era una persona en la iglesia y otra muy distinta en la calle, lo cual pude constatar en forma personal. En el templo era correcto y dedicado a la causa, pero afuera gustaba de frecuentar billares, bares y de beber alcohol. El sacerdote de la parroquia ignoraba sus andanzas, y lo tenía por santo y hasta como firme candidato para recibir patrocinio por parte de la Curia para su entrada al Seminario.

El poder de Julián dentro del grupo de monaguillos era inmenso, lo respetábamos a más no poder, pero en nuestro vecindario era famosa la causa de su pestañitis, y es que él era un obsesionado con divertirse a solas con su mano y cuando se propasaba le caía la manía. Su casa quedaba ubicada en esquina, y su habitación tenía una ventana que daba a la calle, y el tipo no se preocupaba por cerrarla cuando estaba concentrado en gozar. Por ello nadie estrechaba la mano de Julián, y mucho menos si lo veían parpadeando en forma obsesiva, preferían saludarlo de voz, es más, su manía puso de moda saludarnos frotando nuestro codo contra el del otro. Cuando los monaguillos quedábamos a solas con Julián, —todos éramos menores que él—, nos indicaba en forma constante de que ya era hora de que supiéramos lo delicioso que era entrar al baño a amar nuestra extremidad preferida, y es que era justo y necesario, pues de lo contrario la esencia de la vida se nos subiría para la cabeza y terminaría por volvernos locos. Y es que, indicaba, la edad de trece años en el hombre es muy delicada, y es donde debe decidirse si le gusta más divertirse con una mano o con un dedo.

Tanto va el cántaro a la fuente, hasta que se rompe. Una mañana, ya con catorce años de edad, en la que me bañaba, la sensación al enjabonarme fue más placentera que de costumbre y al recordar los consejos de Julián terminé haciendo parte de las certeras estadísticas de los sexólogos, ¡con la mano, claro! A pesar del complejo de culpa, de la semana de ayuno como parte de desagravio hacia Dios, no puedo ocultar que lo disfruté. Tal situación fue determinante en mi futuro, ya que a pesar de que la pasaba prometiendo que no lo volvería a hacer, mi flaqueza era más fuerte que yo, y eso me llevó a que empezara a mirar a las chicas de forma diferente, a desearlas, hasta que fui con una a la cama y desde allí mi vida cambió por cuarta vez. Y es que no era capaz de comportarme como Julián, reconocía que a partir de entonces mi relación con Dios no sería la misma, ya no era capaz de mirarlo a la cara, pues si ansiamos servirle debe ser con el cien por ciento de nuestro ser, algo que yo nunca volvería a lograr con el solo hecho de haber conocido el sabor del amor.

Me fui retirando de la Iglesia en forma gradual, a pesar de que mi vocación me valió representar al municipio en dos congresos de jóvenes católicos celebrados en Pueblo Bello, Cesar, Colombia, y que también el sacerdote de nuestra parroquia prometió costear mi entrada al Seminario con tal de que no me retirara.

En el año de mil novecientos ochenta y ocho regresé con mi familia a Barranquilla, luego de un tour de quince años por tierras guajiras, nunca salí por completo de las toldas de Dios, pues no dejaba de asistir a las misas de los domingos.

La mañana de un viernes del año dos mil, una mujer morena, alta, y muy joven tocó a mi puerta. Se identificó como hija de la Negra Felipa, e indicó que ésta necesitaba en forma urgente hablar conmigo ese día, ya que agonizaba en una clínica de la ciudad. Luego de superar la sorpresa, partí de inmediato hacia allá, aunque un poco

receloso, pues por los recuerdos que tenía de esa bruja sabía que de ella se podía esperar cualquier cosa; sobre todo, mala.

Ver a la Negra Felipa tirada, agonizante, sobre una cama fue lo menos que pude esperar en la vida, era tan poderosa y dominante que uno piensa que personas así nunca mueren. Su vista brilló apenas me reconoció, de todos modos yo calculaba si aún ella estando postrada no tendría la capacidad suficiente como para echarme algún potente maleficio. Pero lo que me dijo derribó todas mis prevenciones...

—Hace años te esperaba. No deseaba morir sin antes mirar tu cara y pedirte perdón, sé que por mi culpa no eres sacerdote.

Esperé unos segundos antes de responder, calculaba las palabras precisas.

—Negra, no te preocupes, no tuviste nada que ver, fue la ley de la vida la que se interpuso en mis sueños.

—De no haber sido por mí, tu familia no se habría ido de Barranquilla, no habrías conocido a “Pestañitas”.

Oír mencionar a «Pestañitas» me sorprendió, pero mucho más que ella conociera de él. Pero igual estaba equivocada, si “Pestañitas” no me hubiera instruido sobre la vida otro lo hubiera hecho, o de todos modos el azar tarde o temprano me habría llevado a explorar mi cuerpo. Quise decirlo a la Negra para liberarla de toda culpa, pero ella prosiguió con sus recuerdos...

—Nunca te perdí el rastro, tus oraciones por mí me molestaban y ponían iracundos a los espíritus que yo invocaba, pude haberte matado donde te encontrabas, pero tu nobleza me contuvo. Mírame, estoy postrada hace meses en esta cama, por mi garganta no entran ni líquidos, y llevó semanas sin ir al baño, observa lo hinchada que está mi barriga, y lo peor es que los médicos no encuentran nada anormal en mi organismo, ni a pesar de que mi vida se consume poco a poco.

Sin ánimo de cobrar revancha, y más bien por instruir, dije:

—Siento decirte que es un castigo divino; si bendices, bendiciones te vienen; si maldices, maldiciones vendrán; el mal que desees a otro se te devolverá por triplicado; lo que padeces son los males que me deseaste.

Ella empezó a sollozar, luego expresó entre jadeos:

—Lo sé, lo sé. —Después se quedó sería y agregó—: Hay algo que no entiendo, mi garganta está tan cerrada que no puedo ni hablar, a excepción de los viernes, que es el único día de la semana que puedo ir al baño y hasta cenar.

Sonreí con agrado...

—Es el poder de Dios, el viernes es su día preferido, te está brindando una última oportunidad, te quiere en sus huesos, cuando uno se arrepiente de corazón se anulan los planes del maligno contra nosotros hasta la tercera y cuarta generación, y si aceptas a Jesucristo en tu corazón desatas a toda tu familia de las garras de Satanás hasta la décima generación, en nombre del poderoso Jesús.

Su vista brilló con esperanza...

—¿En verdad piensas que Dios me pueda perdonar?

—¡Claro, Él es bondadoso y misericordioso!

—¿Puedes ayudarme?

—Personalmente, no, ya no soy aquel devoto que conociste, pero mi hermano es pastor de una iglesia cristiana, lo traeré de inmediato.

Al día siguiente murió la Negra Felipa, como una cristiana consumada.

Hace un par de años estando en Bogotá en compañía de mi esposa, por cuestiones de negocios, sentí la urgente necesidad de entrar a una iglesia, así que tomé un taxi y ordené al conductor que nos llevara a la más cercana. Disfruté la eucaristía, tanto como en los viejos tiempos, de pronto los ademanes del sacerdote que oficiaba me resultaron familiares. Luego de analizarlo con detenimiento reconocí a Julián, «Pestañitas». Sentí una inmensa alegría al comprobar que al menos uno de los de aquella legión de monaguillos logró su propósito. Cuando

finalizó la misa esperé para saludarlo, pero noté que se perdió con rapidez en el interior del recinto, igual me senté con mi esposa a esperar. Al cabo de media hora reapareció. Me acerqué sonriente y cuando me reconoció casi salta producto de la alegría, nos frotamos uno con el otro los codos a la vieja usanza. Entonces le presenté a mi esposa, y cuando ambos dirigían sus manos con el fin de estrecharlas, descubrí aterrorizado que «Pestañitas» movía en forma incesante los parpados, así que le grité a mi esposa: «¡¡Espera, no le des la mano!!», pero fue demasiado tarde. El muy bellaco luego esbozó una sonrisa sarcástica.

♪♪ *Alabaré alabaré alabaré alabaré, alabaré a mi Señor* ♪♪

Página de autor de Antony Sampayo en Amazon

o o o

Letras entre Amigos
Tercer Aniversario
23 abril 2014

Enlace:
15 Relatos de autor, I Antología de relatos españoles e hispanoamericanos